



CP
SET

Relatos de Segunda

Narraciones pedagógicas sobre experiencias
de formación en contextos de encierro

Taller Relatos de Segunda,
Programa de Extensión en Cárceles

Con colaboraciones de Lula Comeron, Luis Porta y Daniel Suárez



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Relatos de Segunda

Relatos de Segunda

Narraciones pedagógicas sobre experiencias de formación en contextos de encierro

Taller Relatos de Segunda, Programa de Extensión en Cárceles

Con colaboraciones de Lula Comeron, Luis Porta
y Daniel Suárez



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano Américo Cristófalo	Secretario General Jorge Gugliotta	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hillert Marcelo Topuzian María Marta García Negroni Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni Rosa Gómez Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez
Vicedecano Ricardo Manetti	Secretaria de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	
Secretaría de Asuntos Académicos Sofía Thisted	Subsecretario de Publicaciones Matías Cordo	
Secretario de Investigación Marcelo Campagno	Subsecretario de Hábitat e Infraestructura Nicolás Escobari	

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Puentes

Coordinación editorial: taller Relatos de Segunda

Ilustración de portadillas en páginas 13, 39, 59 y 83, Araceli Di Pascua

Maquetación: Sol Severi

Agradecemos a Ailen Pouchulú, que sumó su trabajo y compromiso en esta edición, a través de la Pasantía de Práctica Profesional en Instituciones Públicas u ONG de la Carrera de Edición (Filo, UBA).

ISBN 978-987-8927-30-5

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2022

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Relatos de segunda : narraciones pedagógicas sobre experiencias de formación en contextos de encierro / Betina Otaso ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2022.

112 p. ; 20 x 14 cm. - (Puentes. Extensión de Territorios)

ISBN 978-987-8927-30-5

1. Escritura. 2. Métodos Pedagógicos. 3. Educación en Contexto de Encierro. I. Otaso, Betina.

CDD 370.9

Índice

Introducción	7
Atravesar, saltar, imaginar	7
Manifiesto de Segunda, <i>texto colectivo</i>	10
Primera parte. Contra los relatos de primera que no dan espacio	13
Hotel sin estrellas, <i>Myriam Melingeni</i>	15
Primer aprendizaje, <i>Eugenia Bosio</i>	19
Junto a ella, <i>Yzamara De La Torre</i>	21
Mi formación en años de dictadura, <i>Myriam Melingeni</i>	23
Día de cobro, <i>Betina Otaso</i>	26
Por los techos, hasta el suelo, <i>Betina Otaso</i>	27
Los pibes que aprendieron, <i>Dany Literario</i>	30
Yo te bautizo, <i>Graciela Vessella</i>	33
Manifiesto de Segunda, <i>Liliana</i>	34
Segunda parte. El saber que acumulan nuestros cuerpos	39
Dando la nota, <i>Dany Literario</i>	41
Pasada por agua, <i>Cynthia Bustelo</i>	45
Tus alas traen mi voz, <i>Graciela Vessella</i>	47
La primera vez que fui al CUE, <i>Julia Satlari</i>	49
Mi lámpara, <i>Liliana</i>	52
Los días con CUE, <i>Myriam Melingeni</i>	54
Recobrando mi voz, <i>Graciela Vessella</i>	56

Tercera parte. Cómo escribirnos, cómo leernos, cómo cuidarnos	59
Educación Cristiana, <i>Graciela Vessella</i>	61
Siete cuadras, <i>Julieta Sbdar</i>	63
Stephen King, Rodolfo y yo, <i>Eugenia Bosio</i>	64
Escribir siempre, <i>Inés Ichaso</i>	68
Reencuentro con mi vida, <i>Yzamara De La Torre</i>	70
Dado vuelta estás vos , <i>Lucas Adur</i>	74
La china, Norita y yo, <i>Eugenia Bosio</i>	78
Otra noche de insomnio o dormir entre rejas, <i>Myriam Melingeni</i>	81
Cuarta parte. Somos de segunda porque no hay nada primero	83
La soledad acompañada, <i>Liliana</i>	85
Gracias a mis compañeras un día dejé de llorar, <i>Myriam Melingeni</i>	88
Aires puros, <i>Graciela Vessella</i>	90
Florcita, <i>Betina Otaso</i>	92
Compas de L, <i>Majo Rubin</i>	93
Aprecio, <i>Yzamara De La Torre</i>	98
La mafia educadora, <i>Betina Otaso</i>	99
Lecturas	105
Verso fugitivo, <i>Lula Comeron</i>	105
La vida en la amplitud, <i>Luis Porta y Daniel Suarez</i>	109

Introducción

Atravesar, saltar, imaginar: fundamentos de un taller, mapa de una publicación

“...solo comprendemos quién es otra persona al comprender las narraciones que ella misma u otros nos hacen. Es como si la identidad de una persona, la forma de una vida humana concreta, el sentido de quién es y de lo que le pasa, solo se hiciera tangible en su historia.”

Jorge Larrosa, *La experiencia de lectura*.

“Escribo para grabar lo que otros borran cuando hablo, para escribir nuevamente los cuentos mal escritos acerca de mí, de ti. Para ser más íntima conmigo misma y contigo.”

Gloria Anzaldúa. “Hablar en lenguas. Una carta a escritoras tercermundistas”.

Los textos reunidos en este volumen fueron escritos en el marco del taller *Relatos de Segunda*, dictado por docentes del Programa de Extensión en Cárceles (PEC) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA durante el año 2021. De maneras diversas –directas u oblicuas– nos hablan de experiencias de formación vividas o repensadas desde el tránsito por el encierro penal.

Relatos de Segunda nació de la necesidad de seguir encontrándonos, acompañándonos y leyéndonos a la distancia. Como resultado de las medidas sanitarias decretadas para hacer frente a la pandemia de COVID-19, nuestras actividades pedagógicas sufrieron grandes limitaciones. La imposi-

bilidad de asistir a los centros universitarios o de conectarnos regularmente de forma virtual resultó un desafío para el PEC, que hace más de diez años dicta y coordina carreras de grado y talleres extracurriculares en contextos de encierro. Desde siempre, sostuvimos entre nuestros fundamentos pedagógicos la presencia y el encuentro colectivo como construcción (y condición) de conocimiento.

En este sentido, y ante las nuevas dificultades surgidas en el marco de la pandemia, nos vimos en la necesidad de fortalecer nuestra labor de acompañamiento a estudiantes que recuperaron su libertad. Así se creó el dispositivo de acompañamiento La Segunda, integrado por docentes del PEC, que busca *segundear* a lxs estudiantes sosteniendo los vínculos pedagógicos que se tejen en el marco del programa. En este contexto, *Relatos de Segunda* resulta de la fusión de tres talleres de largo recorrido en los Centros Universitarios de Devoto y Ezeiza: el taller Debates Contemporáneos sobre Derechos Humanos, Géneros e Identidades. Marcos Legislativos y Proyectos Pedagógicos, el Taller de Narrativa y el Taller Colectivo de Edición. Desde distintas disciplinas –la pedagogía, la literatura y la edición– le dimos forma a esta propuesta que, cuando se puso en marcha, empezó a moldearse con la presencia de todxs lxs compañerxs. Buscamos que el acompañamiento se encuentre anclado en lo posible a una práctica pedagógica; por tanto, este taller se edificó alrededor de esa premisa y esa oportunidad.

La invitación que les extendimos a lxs estudiantes fue a escribir y editar relatos pedagógicos que permitan conocer y reflexionar sobre la educación en contextos de encierro como vivencia compleja, contradictoria, que tensa límites y abre posibilidades. A través de lecturas teóricas, pedagógicas y literarias, nos aproximamos a la noción de relato pedagógico y comenzamos a ejercitar su escritura. El espacio del taller tomó la forma de un dispositivo de escritura y lectura entre

pares, con el objetivo de acompañar y enriquecer los textos de cada compañerx. La tarea de relectura y comentario, además, profundizó los vínculos y nos exigió ir construyendo una práctica de cuidado que es parte sustancial del conocimiento que surge del espacio y que puede leerse en este libro.

En la publicación van a encontrar, además de un primer “manifiesto de segunda” construido colectivamente en el marco del taller, textos de estudiantes y profesorxs en distintos formatos y géneros, y una sección de lecturas con comentarios y reflexiones de personas que para nosotrxs son referencia en el campo pedagógico y de la escritura. Sus interpretaciones, sus miradas, sus devoluciones, hacen crecer nuestros textos y son una ventana para seguir ampliando perspectivas y horizontes.

Nos propusimos, a lo largo del recorrido que ya lleva casi un año, construir una comunidad de narradorxs de experiencias de formación, entendiendo estas experiencias como aquellas que logran conmover la propia historia; una experiencia que trastoca, sacude, moviliza. Que permite reposicionarnos, desplazarnos de un lugar a otro, salir de lo que (creemos que) somos, desandar lo que sabemos. Creemos que invitar(nos) a reflexionar y escribir sobre estas experiencias es un gesto de solidaridad hacia nosotrxs mismxs y hacia el territorio que habitamos. Aceptar la invitación a escribirlas es un gesto de compromiso y coraje. Publicarlas, un gesto de resistencia.

Deseamos zambullirnos en el aprendizaje de construir un saber colectivo, que sea de todxs y de cualquiera que necesite aferrarse a él; que hable de la cárcel, de la vida, de la escritura, de la literatura, de la educación; que dé pistas para leer el mundo y orientaciones para sobrevivir en tiempos y espacios donde la oscuridad acecha. A contramano del fatalismo y a favor de la esperanza.

Nos gustaría que estas vivencias que se configuraron en relatos se tornen públicas, queden en algún lado, sean leídas

por toda persona interesada en la temática, trasciendan el espacio íntimo y colectivo que construimos en nuestro querido taller *Relatos de Segunda*. Porque en el horizonte de las lecturas y escrituras compartidas estuvo, desde el primer día, el propósito de compilar y publicar relatos capaces de visibilizar recorridos educativos, tornarse documentos pedagógicos y, por qué no, incidir en la escena pública para desmontar estereotipos, cuestionar lo establecido y proponer otras formas de vida en comunidad. Ese horizonte es este libro.

La escritura nos invita a armar trama y, en esta comunidad que estamos construyendo, los *Relatos de Segunda* juegan en primera para (como dijeron lxs compañerxs en la intimidad del taller) atravesar, saltar, imaginar. ¿Qué cosa? Estos textos te invitan a descubrirlo.

Manifiesto colectivo

Y se va la segunda...

El segundo día de la semana
el saber que acumulan nuestros cuerpos
la ansiedad de comenzar algo nuevo
escribir desde lo más profundo
con aire libre pero no todas al aire libre.
Textos vividos
martes que levantan relatos
relatos que levantan
hojas en blanco llenas de expectativa
profes que *segundean* de primera.

Es como una pintura de Vincent, nace desde un boceto simple,
a veces infantil
y pincelada tras pincelada va cambiando de tonos.
Somos valientes
somos muchas más
somos de segunda porque no hay nada primero.
Escribimos contra quienes piensan que escribir es una pérdida
de tiempo y de recursos
contra los relatos de primera que no dan espacio
para que aquellos que no lo vivieron lo sientan
para que nos conozcan.
Nos paramos contra los que nos reprimen
nuestras palabras inundan los oídos de seres dormidos
automáticos
y los despiertan
golpean la realidad, las injusticias y las transforman.

En los relatos de primera no se va a leer jamás
la otra cara de la historia
cómo escribirnos, cómo leernos, cómo cuidarnos
hoy, aquí
para que yo esté de primera
para que yo sea de primera
cambiando de tonos un instante de nuestras vidas.

Venimos a oponernos al silencio
a aprender a decir lo que pensamos
lo que sentimos
de otras formas, con otras palabras, mirando
desde muchos lugares antes de soltar.

Hoy puedo expresarme
gritar
contar
romper
manifestar.

Relatos de Segunda te permite abrir
contar tus historias, aunque no sean perfectas
se van metiendo en la piel
la palabra es movimiento y moviliza.
Somos valientes por volver al pasado, recordar lo vivido y
sumar el presente.

Manifiesto que hoy soy otra
manifiesto que hoy puedo manifestarme
¿pero qué utopía es esta?
Manifiesto que hoy soy una escritora de relatos de segunda
una vez que sos parte no serás la misma
serás
relatera de segunda.



Primera parte

CONTRA LOS RELATOS DE PRIMERA QUE NO DAN ESPACIO

Hotel sin estrellas

Myriam Melingeni

“Ahora pudo ver el castillo nítidamente destacado en el aire luminoso, con su contorno aún más realzado por la ligera capa de nieve que lo cubría todo imitando las formas.

No podíamos seguir viviendo así, sin ninguna esperanza, por lo que comenzamos a suplicar y a asediar el castillo, cada uno a su manera.”

El castillo, Franz Kafka

Todavía dormía cuando vinieron a buscarme para ir a una excursión a la que en realidad no quería ir. Insistieron tanto que no me quedó otra. Era verano, faltaban dos días para navidad. Tanto me apuraron que me puse lo primero que encontré, unas calzas y una remera.

Durante el camino al lugar de salida, la guía de la excursión no habló mucho y si le preguntaba me contestaba bastante mal. Llegamos al punto de partida, un lugar bastante feo, sucio, húmedo. Otras personas me esperaban para empezar la excursión. Subimos a la combi, éramos diez. Algunas ya habían hecho el viaje y pensé que quizás no fuera tan malo si lo volvían a hacer. Durante el viaje, bastante incómodo, la guía no abrió la boca, seguía en su postura de cara de orto. Para acortar el tiempo, empezamos a charlar entre los excursionistas, algunas reían y hacían chistes, otras, como yo, no; al contrario, sabía que este viaje no me iba a gustar. El servicio de esta excursión era horrible, no nos dieron ni un vaso de agua y olvidate de la comida. Durante el día, hicimos varias paradas para que subieran más personas, así que, a pesar de haber salido temprano, llegamos al lugar entrada la noche. El camino fue espantoso, la combi no tenía ventanas, por lo que no sabíamos por dónde íbamos o cuánto faltaba para lle-

gar al lugar. Yo estaba incómoda, cansada, llena de angustia, nunca pensé que haría este viaje.

Por fin la combi se detuvo, oímos a la guía hablar, un tipo abrió la puerta para contar cuántas personas ingresaban. Se ve que la guía no era muy confiable porque a pesar de que ella indicó la cantidad, el tipo nos contó igual. Se sintió un portón que se abría haciendo mucho ruido, hicimos unos metros y se empezó a abrir otro portón, menos ruidoso. Se ve que el lugar estaba bien protegido, no fuera cosa que alguna de las excursionistas quisiera irse. La guía abrió la puerta de la combi y nos pidió que bajáramos. Empezaba la excursión con visita guiada.



Se abrió un portón y entramos de a una para identificarnos, se ve que los encargados del lugar querían asegurarse bien de quiénes llegaban. Una vez identificadas, otra guía apareció para empezar a recorrer el lugar. Un pasillo sucio, con olor a baño, mal iluminado, una luz pobre, amarilla, nos daba una idea de lo que seguiría. Subimos por una escalera caracol muy estrecha que desembocaba en un salón donde otra guía nos esperaba para continuar el recorrido.

Nos llevaron por pasillos mal pintados, con revoques descascarados, tubos que titilaban. En un silencio inusual, solo se sentían nuestros pasos. Ahora nadie hablaba, solo caminábamos mirando de un lado a otro, aunque no había nada para ver.

Se abrieron puertas para dejarnos pasar que se cerraban inmediatamente apenas las cruzábamos.

El recorrido duró minutos, pero para mí fueron horas. Por fin llegamos a otro pasillo, un poco más iluminado y con gente que nos esperaba. Fueron separándonos por apellido y nos llevaron a un cuarto donde pasaríamos la noche. Me alegré de no haber pagado esta excursión, ya les mencioné que el

servicio era malo: los cuartos eran aún peor. Nos dieron una sábana y una toalla y nos metieron al cuarto. Ya había otras huéspedes que se levantaron para recibirnos, nos ofrecieron unos mates con unas galletitas que devoramos, no habíamos comido nada en todo el día. Ya no había camas libres así que nos tuvimos que acomodar en el piso.

A pesar del cansancio y el calor, se me hizo difícil dormir esa primera noche.



Al día siguiente, nos vinieron a buscar bien temprano para continuar con el recorrido. Nos llevaron a conocer otras instalaciones, siempre con la guía atrás, cada lugar al que íbamos era peor que el anterior. Lo mismo pasaba con el trato, la mala educación al extremo. Apenas si podíamos hablar, no nos dejaban tocar nada y ni pensar en caminar solas, la teníamos pegada como una sombra.

Las personas que manejaban el hotel estaban acorde, algunas muy maleducadas, soberbias, otras daban risa, payasas ridículas que se creían piñón fijo y ni siquiera se sabían pintar. Obviamente, como se creían las dueñas del lugar, muchas veces cometían abusos hacia nosotras.

Maldita la hora en que me llevaron a esa excursión.

Hace mucho leí *El castillo* de Kafka¹, me sentía Joseph K cuando caminaba por los pasillos del castillo. Nunca un libro se me hizo tan real, sentía en carne propia la angustia de K. El edificio era similar, pasillos húmedos, sucios, mal iluminados, olores desagradables, toda la gente uniformada, mucho cemento, mucha reja.

¹ El castillo de Franz Kafka narra la historia de K y su intento imposible de acceder al castillo. A lo largo de la historia se percibe la irracionalidad que reina en ese microcosmos, cuyas normas legales y de comportamiento no puede comprender.



Vicentico canta una canción que dice: “los caminos de la vida no son lo que yo esperaba, no son lo que imaginaba...”. Nunca imaginé que uno de esos caminos me llevaría a ganarme una estadía en ese hotel infernal.

Los hoteles se caracterizan por la cantidad de estrellas y, para que se den una idea, este sería menos cinco estrellas. A lo largo de mi vida, he viajado bastante con mi mochila y ni en los peores hostels había camas tan malas, cuartos tan deprimentes como en este. La cocina tenía poca variedad de platos. Su especialidad, casi todos los días, pollo mal cocido con arroz pasado o la famosa tarta de verdura con gusanos.

En la enfermería había un solo medicamento, ibuprofeno. Te dolía la cabeza, tenías mal la cintura, te cortabas, estabas mal del estómago: ibuprofeno. Y si tenías la desgracia de tener que quedar internada... Si no eras creyente, aprendí a rezar, porque ahí sí estabas a la buena de Dios. Si la enfermera se olvidaba de ir por tu comida, no comías, porque obviamente de ahí no podías salir.



El edificio estaba construido en medio de la nada, pero eso sí, contaba con fauna autóctona, las ratas y cucarachas estaban por todos lados. Había patios internos en los que a veces salíamos a tomar un poco de aire puro, de sol, a sentirnos vivas, pero tenías que caminar con mucho cuidado ya que de los agujeros que había en la tierra te podía sorprender una rata o, a veces, más.

Había muy pocas actividades recreativas, pero tenías que cruzar los dedos porque o se olvidaban de ir a buscarte o cualquier excusa era buena para cortar la circulación por el hotel y chau tiempo de recreación.

Solo había un buen lugar ahí adentro que era ajeno a ese nefasto hotel, era un centro de estudios. Ahí pasé los mejores momentos de mi estadía. Era un valle entre muros de cemento.



Los peores dos años de mi vida los pasé ahí.

Fue la peor excursión de mi vida, y espero nunca más volver a repetirla.

A las que nunca estuvieron, fíjense bien por dónde caminan, no sea cosa que el sendero desemboque en ese hotel sin estrellas.

Ahora que estoy libre, cuando me voy de excursión jamás lo hago con visitas guiadas.

Junio de 2021

Primer aprendizaje

Eugenia Bosio

El grito me despertó. Me estremeció. Atravesó mi cuerpo aletargado y, otra vez, ese sudor frío que delata miedo y tristeza recorrió mi espalda.

Todo conspiró para recordarme que estoy acá. No es un sueño.

Sonreí, con una sonrisa forzada, y pensé si haber llegado acá no fue una mala jugada del destino o simplemente se trata de algún capricho de algún Todopoderoso que decidió abrir un paréntesis en la narrativa de mi historia para dejarme el enigmático desafío de ser yo quien lo cierre.

Y, nuevamente, ese grito que aúlla una sola palabra, a veces, esa palabra puede estar seguida de un número, a veces no, depende exclusivamente de la emisora del reclamo.

Por tercera vez se escuchó, esta vez el grito fue intenso y asertivo, las rejas temblaron, la celadora finalmente se acercó. Si el reclamo es o no válido, nunca se sabe, sí puedo afirmar, con indubitable certeza, que el llamado gutural es absolutamente desproporcionado con respecto a lo que se tiene que transmitir.

Ya sentada en mi cama (¿puedo llamar a eso *mi* cama?), volví a sonreír, esta vez era un gesto cómplice con todas las que formé una alianza inesperada para ingresar a ese selecto grupo.

No es un llamado común.

Es una sola palabra que, si se dijera en un apasionado atardecer de verano a orillas del mar, no solo las gaviotas remontarían vuelo para no volver, sino que el mar se quedaría eternamente sereno, simplemente, para evitar que el eco de esa infame palabra no forme un tsunami de olas.

¡Y sí! Pertenezco a una logia, a una extraña cofradía que guardó por siglos, y así seguirá siendo, la receta única de ese grito sagrado. La cofradía tiene la dosis justa de entonación, el caudal y volumen exacto que hay que poner para decir ocho letras: C E L A D O R A.

Afuera, lejos de estas paredes, es una palabra que está en terapia intensiva. Acá es una palabra que tiene vida propia, late cuando la gritamos. La logia sabe que no existe Juez o Fiscal que se atreva a decretar su prisión preventiva. La sagrada legión sabe que afuera no se puede gritar, es solo acá donde el grito del llamado a la celadora retumba en cada barrote, en cada revoque de pintura, en cada pasillo cargado de dolor, en los retenes distraídos, en los patios sin aire. Es acá donde se guarda el secreto de la receta.

Caminando sin rumbo, limitada por el espacio, más nostálgica que pensativa, miré el cielo (en realidad el te-

cho), le hice un guiño a ese Todopoderoso y pensé que bajo ningún punto de vista me iba a enojar si por primera vez el sueño del preso no se respeta, me despierta y cerramos juntos este paréntesis de mi vida y juro, por mi sagrada libertad, que el secreto de la logia jamás lo divulgaré porque entendí que yo sola me involucré en esta mala jugada del destino.

Junto a ella

Yzamara De La Torre

Tomando mate en la orilla del mar, comenzamos a charlar con mi amiga de la infancia. Cómo así, se fue tanto tiempo sin comunicarse conmigo. Ella, con lágrimas en sus ojos, tuvo el valor de recordar lo que vivió en aquel lugar, después de tanto tiempo que no la veía. Sin parar de llorar, comenzó a contarme que transitó por un lugar frío y sin vida, por malas decisiones. Allí no se podía descansar, no tenía tranquilidad, había muchas peleas, música y desconfianza con las personas que la rodeaban.

Contaba que, cuando se duchaba, tenía que hacerlo rápido, porque no siempre duraba el agua caliente. En época de invierno, no quería bañarse, el agua helada era como si rozaran cubos de hielo sobre su piel.

Muchas sensaciones sin poder gritar o escapar, ni tampoco resolver nada.

Ella, sola en su habitación, solía recostarse a escribir y bailar muy incómoda. La cama estaba empotrada en el piso. La taquilla y las ventanas, con orificios muy pequeños, no le dejaban ver el sol, solo su reflejo.

Se moría por chapotear en la lluvia, pero aun allí, gozaba al sentir el olor a tierra húmeda y ver las gotas...

Lloraba de angustia: “¿por qué sigo aquí si tengo todo a mi favor: conducta, estudios y un buen trato?”.

Sentía decepción de sí misma y de encontrarse allí tan lejos, en un ambiente inadecuado para toda persona que experimente esa habitación oscura, sin brillo, opaca por el deterioro del tiempo. Paredes escritas por otras personas que vivieron allí y dejaron su marca, esa que las trae nuevamente a experimentar la misma situación y vuelven a leerlas estando en ese oscuro lugar.

A la vez, pasaba por su cabeza cuántos días más le faltarían para dejar todo lo que pertenecía adentro.

Con desesperación de volver a casa. Cansada, así pasaba sus días.

Aprendió cosas malas y buenas, como el estudio. Allí, en el centro universitario, recibió su gran sorpresa: llegó su momento final de transitar por aquel lugar. Fue hermoso, le brillaban sus ojos.

Caminar por el pasillo frío y sin vida, ver una reja tras otra, cómo se abrían a lo largo de él. Centímetros de distancia entre una y otra, pasó sin mirar a las personas que habitaban allí, porque le angustiaba que todas se encontraran en la misma situación. Sus ojos, con la tristeza y ansiedad de esperar su libertad. Seguía pensando: “¿cuándo terminarán los papeleos?”. Al salir adelante, una autopista oscura, 22 horas. Sentada y desorientada, llorando en la oscuridad de la noche, se preguntó cómo volver a recuperar su vida, que en aquel momento sentía perdida por la soledad.

Mi formación en años de dictadura

Myriam Melingeni

Un universo de imágenes, recuerdos, olores, sensaciones, un collage de mi vida que va surgiendo entre las curvas y contracurvas de mi mente y que trataré de volcar en esta hoja en blanco. Un desafío describir con palabras esas vivencias, que son en lo que hoy me he convertido.

Mi adolescencia fue difícil, más allá de esa etapa en la vida que pasamos todos, a mí me tocó atravesarla en los años de dictadura. El colegio al que asistía, más que una escuela, era un establecimiento militar. Las cosas se ordenaban y no siempre de la mejor manera, el “por favor” no figuraba en sus diccionarios, tampoco existía el diálogo.

Fueron años tortuosos, totalmente perdidos. Muchos años después, tuve que volver a aprender, a descubrir la verdad de todas las mentiras que me habían enseñado.

Crecí en un tiempo en el que la escuela no enseñaba, adoctrinaba. Formaba soldaditos calladitos y obedientes. Formar una fila y esperar que sonara un timbre para entrar, siempre calladitos, otro timbre y otra fila para salir. Si tenías necesidad de ir al baño, levantabas la mano, esperabas que la maestra te observara y con suerte te diera permiso para salir, si no, tenías que aguantar hasta la hora del recreo. También tenías que aguantar la sed hasta la hora del recreo, prohibido beber agua en clase. Tampoco podías pensar, el lema era “agachar la cabeza y obedecer”. Eso sí, siempre calladito, una risa podía hacerte quedar parado una hora en la dirección.

Años enseñándonos mentiras: el elegante caballo blanco de San Martín terminó siendo una mula muerta de hambre, los valientes soldados con impecables uniformes, hombres vestidos con trapos; el descubrimiento de América, una ma-

sacre; los grandes próceres de nuestra historia, grandes genocidas corruptos, y la lista sigue, interminable.

Teníamos dos profesores muy, muy, milicos. El de contabilidad, materia que odio y que me llevé todos los años, y el de historia, que nos ordenaba estudiar de tal hoja a tal hoja, teníamos que aprenderlas casi de memoria y repetir-las como mascota adiestrada. Entonces, empecé a preguntar, porque era una materia que me gustaba, y ahí las cosas comenzaron a empeorar.

Para un 12 de octubre, en aquel tiempo “el día de la raza”, teníamos que preparar un trabajo sobre Colón de acuerdo a las hojas señaladas por el profesor. Me fui entonces, no teníamos internet, a la Biblioteca del Congreso, un lugar maravilloso. Empecé a pedir libros y descubrí que había otra historia y, obviamente, preparé mi clase sobre esa historia, la de las culturas precolombinas y el genocidio español.

Resultado de mi rebeldía: me amonestaron, me llevé la materia a marzo y mi madre casi me mata. Pero aprendí que siempre es bueno cuestionarse, investigar y no quedarnos con lo que nos dicen. Aprendí a ser autodidacta, buscar, buscar, escuchar y escuchar, y tener mi propia opinión. En definitiva, lo bueno de esta anécdota es que, a pesar de que ese profesor me trató ante toda la clase de ignorante maleducada y contradictoriamente a lo que él quería, me enseñó a estudiar.

Fueron tiempos difíciles, había libros y autores terminantemente prohibidos. Leerlos te podía costar la vida. Esos fueron mis años de aprendizaje formal. Pero ante tanta opresión, tanta amargura, un día apareció el viejito de la librería y todo cambió para un grupo de niños que vivían en esa cuadra.

Lo conocimos en los últimos años de la primaria. Nunca supimos su nombre, siempre fue el viejito de la librería. Era una librería escolar que estaba justo en la esquina. Íbamos a comprar mapas, hojas y esas cosas que nos faltaban. Él estaba

siempre pero jamás atendía, jamás, esa era la tarea de su hija. Su lugar era un rincón del local detrás de una mesa negra desvencijada llena de libros y cuadernos, ahí estaba sentado en una silla de paja. Era un anciano alto y muy delgado, con una melena blanca, de origen ucraniano y anarquista hasta las vísceras. Ese fue nuestro gran maestro. Lleno de sabiduría, amable y con mucha, mucha paciencia.

En la puerta del local había un gomero gigante, en una de sus ramas había una hamaca. Ese era nuestro lugar de encuentro para los chiques de la cuadra, íbamos a jugar ahí. En las tardes de verano cuando hacía mucho calor, nos sentábamos en el umbral a comer helados.

Cuando escuchaba nuestro alboroto, salía con su silla de paja y se ponía a contar historias, era un gran contador de historias. Era maravilloso escucharlo, nos contaba historias de la guerra, de su viaje por Europa, de su llegada a Argentina. A veces nos hacía decir una oración y con eso comenzaba el relato, hacía volar nuestra imaginación con sus narraciones fantásticas. Yo le había tomado mucho cariño, no tuve abuelo y pensaba que de tener uno me habría gustado que fuese como él.

Los años pasaron, y en mi adolescencia se transformó en mi gran maestro. Era yo la que todas las tardes lo iba a buscar, a veces para que me ayudara con alguna tarea, pero la mayoría de las veces era para charlar. Sabía muchísimo y explicaba muy bien.

Una tarde, me dijo algo que, a pesar de los años transcurridos, cierro los ojos y todavía lo escucho en ese castellano con acento extraño: “la mentira está en el aire, la respiramos, la tocamos, pero la verdad... La verdad es como una pieza arqueológica: hay que buscarla, seguir el rastro, desenterrarla y sacarla a la luz”.

Cuánta razón tenía, la educación o, mejor dicho, el adoctrinamiento de mis años escolares, estaba a años luz de la

verdad. El conocimiento se busca, se cuestiona, se piensa. Me enseñó a pensar, a ser autodidacta, a tener un pensamiento propio. A él le debo mi formación no académica, a ese gran hombre que nos dedicó sus últimos años de vida, a mi querido y siempre presente viejito de la librería.

Y así, entre caminos y atajos, fueron pasando mi niñez y adolescencia. No olvido ni lo bueno ni lo malo, todos son parte de mí, son momentos que fueron tallando a la mujer en la que me he convertido.

2021

Día de cobro²

Betina Otaño

Para Nanu

Mi compañera se fue de comparendo.
Falta algo más que mi compañera.
Falta agua caliente, hace frío.
Falta comida. Sobran cucarachas. Sobran ratas.
Faltan mantas, las quemamos pidiendo agua caliente.
La re cagamos.

La Popi y Tami están en el patio.
Subieron al techo.
En cualquier momento llegan los “paleros”.

2 Escrito a partir de conversaciones con las compañeras; este texto es de todas. Publicado previamente en *Nos paramos de manos con las palabras*, compilación producida en el marco del Taller Colectivo de Edición durante el año 2020, editada por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2022.

Me voy a poner dos pantalones y algo así como un pulóver
en la espalda
para que no me duela.
Porque tal vez mañana nos dejen jugar al fútbol o al vóley
en el sum.

Tal vez mañana juguemos a algo.
Pero hoy, cobramos seguro.

Por los techos, hasta el suelo

Betina Otaso

Esta es una anécdota del corazón
para hablar de unión.
Mi mayor abrazo siempre a mis compañeras
amigas de la villa, pabellón 6.

Jugar al truco, al fútbol, a cantar y bailar; a todo, a cualquier cosa. Jugar me da el mismo placer que me da comer con hambre, bañarme con mucha agua caliente, comer carne asada, leer y entender lo que me dice el texto, tener clases y escuchar con atención, fumarse un cigarro lindo.

Ese día nos disfrazamos, pensé al principio que era un disfraz, pero entendí después que era abrigo. Me río.

¡Abrígate, Bety!, me dijo la Popi. Ja, ja, ja, ja, ¡la Popita! Me río con sonido porque recuerdo bien los ojos de la Popita, con risa también. Risas nerviosas. Así como puedo ver en este momento la risa de Popi y la mía, también puedo sentir esos nervios fuertes que a esa altura habían copado todo y a todas (lo sentí y lo siento).

Dale, labrigate Bety! (hacía 50 grados ahí, más o menos).

Veranísimo estaba todo.

Veranísimo afuera y adentro. Teníamos un patiecito, pero el viento no pasa por ahí, paredones altos, y alambre de púa le cortan la cara.

50 grados calculo. Hacía un ratito, una querida compañera “colgada”, y siempre también colgada de la reja, había dicho: “está caliente esta reja de mierda que siempre fue helada”.

Tomé su prosa como poesía y me la guardé bien.

(Ella “era” bien loca, ibien BUENA! Bien mala. Qué buena onda la loca.)

Todas, en pocos minutos, tan “abrigadas” de repente. Tami, ya en el techo y por recuperar una palomita que venía del patio vecino, pero se había enganchado por ahí. Además, había una antena de TV antigua que ya se estaba quedando sin rayos, rayos que eran pipas de lujo, y esta antena era el segundo motivo para subir al techo.

La manzana en la bolsa revoleada... era la paloma más esperada.

Tami y Popi, allá arriba. La Popi habilidosa atleta, increíble gimnasta, especialista en techos, jaja. Qué lindas las dos, me daban nervios y risa. A todas.

¡Ya, ya entran! Escucho. Todas rellenas, todas abrigadas, ¿protegidas?

Yo dije: ¡me quiero sacar un poco! ¡Hace calor! ¡Mucho!

La concha de tu hermana, vas a cobrar con los paleros.

Hombres y mujeres entraron pegando así, en ese instante, por la puerta del patio y por la del pabellón. Por todos lados,

solo pegando, haciendo con los palos como hacen los hacheros en el matagal.

Los paleros. Mujeres y machos.

Cuando escuché “¡abrigate, la concha de tu madre!”, me di cuenta de que no era joda, nunca me había puteado mi compa. Paré de disfrutar.

Una parte es incontable, pero, de esos minutos, saco que en el medio del miedo nuestras miradas y las de “ellos” también parecían palabras escritas de TAN claras. Y que ese también fue un pasaje y una mayor UNIÓN, para seguir, para convivir. Un año de pabellón 6. Once meses y dieciséis días. Espacios para vivir en la cárcel, odiados por el Servicio y por más del 50 % del resto de las “compañeras” que viven en otros “barrios” linderos. En la misma UNIDAD, pero no bajo el mismo techo. Están lejos. Bien lejos.

Cada frase de este texto muestra UNIÓN y protección desde el “ABRIGATE” hasta el “la concha de tu madre”, un lenguaje de complicidad que solo se adquiere a partir de la tan deseada, ansiada confianza, usando todos los sentidos, con el alma y el culo en la mano. Con el miedo.

El miedo te hace corajosa.

¿Y la escritura? Releo este texto, pienso y escribo. Muchas hojas con sentimientos que conversamos, que peleamos, que lloramos y nos cag... de risa, algunos que los creía terminados, otros que estaban escribiéndose, siguen escribiéndose.

Las ganas de contar de todo, el gran despelote de mis apuntes (andaba a full con el CBC por esos días); todo estaba en la mesa blanca de plástico que ocupaba el centro del lugar rodeada de las siete camas, de las siete almas, de las siete canas.

Recoger rápido todo lo que estaba sobre la mesa, el sagrado papelerío, mi pensamiento y la fuerte sensación de abrigar

también a las historias y los recuerdos de mis compas, que estaban dispersos, como yo, sobre la impecable mesa blanca.

Aprendizaje de esos días en un mantel de papel. Los relatos acomodados en pleno desorden, y bien desparramado, lo conversado con mis compas. Miedo de perder. Tesoros que se convierten en escudo. Me defienden, los definiendo. Como a mis compas.

Los pibes que aprendieron

Dany Literario

Estudiando en cana con 19 años de edad fue que aprendí que era verdad cuando me decían “estudiá que te va a servir en la vida”, “estudiá para ser alguien importante”, “estudiá para tener un trabajo digno”, “estudiá para no ser discriminado o maltratado” y un montón de frases más. Nunca me las creí a todas estas recomendaciones, quizás porque tenía una sensación fea, una perspectiva clara, verdadera y cruda de la vida. La experiencia que podían trasmitirme en casa no era efectiva; si bien mi papá y mi mamá querían que tuviera posibilidad y acceso a la educación, ellos no podían acompañar mi aprendizaje porque ninguno había terminado sus estudios y lo que a mí me daban en la escuela les parecía raro, no entendían, era muy distinto a lo que habían aprendido años atrás.

En la escuela me costaba un montón prestar atención, llegaba preocupado, con hambre, con miedo de volver a casa y volver a ser castigado. Vivía deseando que las horas no se acabaran y que no llegue nunca ese momento de volver a casa, porque no quería volver al rincón donde me pasaba horas arrodillado cumpliendo mis penitencias. La escuela siempre

me obsequió rechazo y también maltrato por mi apariencia desprolija o mi comportamiento violento, porque llegaba sin los materiales que solicitaban para las actividades, o sin firmar las malas notas que le mandaban a mi papá. Recuerdo también que a veces me atrevía a cuestionar por qué si Dios existía, aún seguíamos sufriendo o por qué agradecer que Dios nos cuide en la escuela si yo lo necesitaba más adentro de mi casa. Podría detallar mucho más porque yo o, quizás, varios más en mis condiciones, estábamos sometidos a tanta discriminación y desigualdad de derechos, pero creo que está bien expresado y que se entiende la causa de mi experiencia negativa con la educación y la supuesta posibilidad de ser alguien mejor estudiando.

Es por este motivo que, cuando en mi adolescencia llego a una cárcel de adolescentes, lo que menos me importaba era estudiar. Mi preocupación estaba en los años horribles que tenía que pasar condenado, en los quilombos que tenía con los pibes que me había encontrado ahí adentro y en cómo carajo iba a sobrevivir sin mi rutina adictiva y sin esa sensación de absoluta libertad.

Al comienzo, incómodamente, me encontré con que la educación era un derecho y una obligación que tenía que cumplir. Debía asistir a la escuela de la institución a las 8 de la mañana, sí o sí, y si no lo hacía, no solo iba a pasármela encerrado en el pabellón, sino también dentro de mi celda sin nada, sin ropa, sin colchón, sábana o frazada. Sin nada, literal.

Los primeros días me la aguanté, seguía pensando en el afuera y en todas las personas que estaban allá, pero después ya no me gustó, me hacía mal. Accedí a ir a la escuela, con la intención de solo ir a cumplir con el presente y ya. Igual que en los viejos tiempos, me senté en el fondo con un par de pibes y desde ahí molestábamos a otros y al docente, creo que sin decidirlo como la primera intención. Nos encargábamos de que la clase no se llevara a cabo con éxito, pero

no era algo planeado, sino que simplemente era el disfrute del momento en las aulas, así sucedía. Me llamaba la atención y me sorprendía, con el pasar de los días, que ningún docente nos gritaba ni nos echaba del aula, ni tampoco nos mandaban en cana con la gorra; era raro, en otra situación, ya estaríamos con malas notas o sancionados, con docentes llorando, nosotros riendo, pero también explotados por los retos o el castigo. Eso era lo normal. Sin embargo, acá los o las docentes siempre volvían a empezar, insistían en si había algo que no se entendía o que provocara enojo o distracción, para poder charlarlo y lograr modificarlo. Nos preguntaban si estábamos pasando por mal momento y si queríamos buscar solución, si habíamos desayunado bien, si queríamos un desayuno y si necesitábamos tiempo para pensar o estar solos. Estas personas eran raras, no nos tenían bronca, no nos tenían miedo, no ocultaban información o pertenencias suyas, nos preguntaban qué queríamos aprender o enseñar, eso fue lo más raro que escuché de un profe en un aula, pero fue todo eso lo que hizo que no funcione nuestra forma de impedir o desaprovechar una clase.

Aprendimos a generar y apreciar otra información, otros vínculos, otras formas de trato y otra manera de empatizar con la educación en la escuela. Ahí se vivía verdaderamente la educación en todas sus formas. Era mutua la información y el aprendizaje que adquiría cada persona que transitaba ese espacio, espacio que nos enseñaron en la práctica que no era la cárcel ni parte de la cárcel; estábamos en la escuela y ahí éramos estudiantes como cualquier otra persona.

A lo largo de las distintas charlas y dinámicas súper enriquecedoras de cada clase, íbamos adquiriendo, asociando, aplicando y entendiendo cada materia como información y herramienta complementaria de la vida. Este zarpado proceso y hermosa experiencia de vida me llevó a admirar a las y los docentes de aquella época, me hizo querer ser como

ellos, querer tenerlos para siempre presentes en mi vida, por eso, con muchas y muchos hoy somos grandes amigos. Vivo orgullosamente agradecido por sus formas y su propósito con nosotros, los mal educados, los pibes que aprendieron.

Yo te bautizo

Graciela Vessella

La vida nos llevó hace más de una década a viajar a Ushuaia. El paquete estaba armado para conocer los diferentes atractivos de la ciudad, el faro “del fin del mundo” y un *tour* por el centro que incluía un museo.

La combi pasó por el hotel al amanecer y nos embarcamos a conocer la ciudad más austral del mundo, estábamos muy felices. Para mí, el museo era la parada más importante.

Llegamos a una construcción alojada en el centro de la ciudad: ocupaba una manzana, estaba construida en piedras superpuestas que por el paso de los años estaban sucias y, en algunos lugares, pintadas con grafitis. El acceso se hacía por un portón de hierro muy descolorido, que parecía ser gris. En su exterior, no daba la idea de ser un museo, más bien parecía un edificio antiguo muy abandonado.

La guía, como un disco rayado, decía: “la construcción fue inaugurada en 1902 y se cerró en 1947 por las condiciones climáticas. Cada sala, hecha en piedras y hierro, alojó al Petiso Orejudo y, por sobre todo, a políticos, según los gobiernos de turno. Aquí estuvieron Aparicio, Cámpora, Ricardo Rojas, Carlos Gardel, etc.”

Nos alejamos del grupo y llegamos al patio. No era mucho mejor, estaba lleno de puestos que vendían *souvenirs* de la

gente que vivió allí... El bullicio de los visitantes no ahogaba el murmullo de todos los que vivieron –sobrevivieron– en ese lugar. El dolor se sentía en los huesos.

Lo llamaban Museo, yo lo llamaría “El Cenagal”: un lugar aislado de la urbe de los porteños, sobre todo, para no ver, no sentir y mucho menos escuchar los reclamos de los que allí residían.

Esos grandes pozos, no importa donde se ubiquen, cumplen la misma función al pasar los años. Para la justicia es sacar de circulación a una persona que se cree que no cumple las normas, las leyes. Para el servicio penitenciario, para la mayoría de sus agentes, es desvalorizar, desmotivar a las personas alojadas allí. Para las familias es una m... Para nosotrxs es el lugar que acalla nuestras voces, donde nos alejan de todo y de todos.

Manifiesto de Segunda

Liliana

Los “relatos de segunda” pueden parecer chiquitos, tímidos, tal vez poco valorados, pero son los gritos escritos de quellxs que soñamos con cambiar las cosas.

—¿Qué cosas? —te preguntarás.

—Las injustas —te respondo.

Pero no nos quedamos con el sueño, el sueño es el comienzo, es imaginar hasta dónde podemos llegar y no alcanzar a visualizarlo porque no hay límites.

Relatos de segunda es pensar nuestras palabras volando, viajando, y en ese recorrido, saber que acarician el alma de quellxs que sueñan junto a nosotrxs, que inundan los oí-

dos de seres automatizados, dormidos y los despiertan, que golpean la realidad, las situaciones, las injusticias y las transforman.

—¿Pero qué utopía es esa? —podrías cuestionar.

Y yo te diré que esto es un sueño que comienza a hacerse realidad con la acción que, aunque parezca insignificante, puede conmover, hacer temblar, ¿te acordás de la piedra y Goliat? Bueno, así, tal cual.

—¡La vida es injusta! ¡Todos sufrimos injusticias alguna vez! —dirás.

Pero nosotrxs proponemos transformar aquella que hemos padecido.

Somos lxs resilientes de un sistema perverso: el carcelario. Tuvimos la suerte de salir vivxs de él, pero no ilexys, sin embargo tenemos la fuerza suficiente para intentar cambiarlo. Un sistema injusto que tiene además sus propias injusticias derivadas: corrupción, maltratos y destratos, abuso de poder, violencia institucional, violación de derechos humanos y... ¿sigo?

Es así que quedamos reducidxs a nada, perdiendo la autoestima, la dignidad, los lazos familiares, amistades, la salud y finalmente la vida.

iiiVida, sí, literalmente!!! La de muchxs de nuestrxs compañerxs, que murieron en prisión ante la desidia de este sistema que protege a los victimarios (jueces, fiscales, funcionarios del Servicio Penitenciario) y no les exige explicaciones, total... es la vida de un presx... ¿vale?!

Entonces, en estos casos, ¿no es delito? ¿No es homicidio como lo estipula el Código Penal? Parecería que no.

Se castigan los delitos o los supuestos delitos nuestros, pero los que cometen los que tienen el poder, quedan impunes. Igualmente, ¿importa?... ¿Algún buen ciudadano se ve perjudicado? Parecería que no.

¡Cierto que había dicho que quedamos reducidxs a nada! Perdón, pensé que los presxs éramos personas...

Y hablando de personas, nosotrxs, los resilientes, también perdimos vida: días de vida, meses de vida, años de vida, vida en suspenso, vida en sufrimiento.

¿Para qué? ¡Para qué nos resocialicen y resurjamos como individuos aptos para la sociedad! Las cárceles no son utilizadas como castigo, ¡¡¡lo dice la ley!!! (Ufff... ¿Alguien lo cree?)

Tampoco imparten justicia ni para quienes la habitan, ni para la sociedad, porque no dan una solución concreta y definitiva a la problemática de los delitos.

El sistema carcelario no propicia la resocialización de la persona privada de la libertad, y esto se vuelve en contra de la propia sociedad. (¿Tomaron en cuenta los índices de reincidencia? Yo creo que no, si no las cárceles no existirían).

Es más, vivimos escuchando en los medios y en boca de las personas que “saben”, que la cárcel es una “universidad” para los delincuentes, que los que entran salen “peor”, sin embargo, piden leyes más duras y penas más altas, sabiendo que, en algún momento, la condena se termina.

Entonces... ¿Para qué sirven las cárceles? ¿Por qué se exigen condenas más largas? ¿Será para que tengamos más tiempo para perfeccionarnos y salir a la calle con grado y posgrado en delincuencia?

Esta incongruencia y contradicción en el pensamiento mayoritario de la sociedad con su apoyo al sistema carcelario aún en contra de sus propios intereses, tiene un trasfondo que no se menciona, porque no es políticamente correcto decirlo. Las cárceles no son para resocializar, sino para aplacar la sed de venganza de una sociedad que no puede permitirse admitirlo, porque ha evolucionado en una pensante, respetuosa de las leyes y los DDHH y sería vergonzoso mostrarse como primitiva, con sentimientos vengativos disfrazados de racionales.

Maquillaje...

Como el de esos payasos que muestran su realidad en ciertos cuadros (que mi madre criticaba) en donde se los retrata llorando. Maquillar la venganza, embellecerla de leyes y cárceles en donde sólo los protagonistas conocen lo que hay detrás.

Maquillaje...

Cubrir con la cárcel los problemas estructurales de la sociedad y cuando el maquillaje se comienza a correr... ¡Darnos una retocadita y quedar perfectxs! (¿Con alguna mesa de diálogo, quizás? ¿O bajando la edad de imputabilidad?)

¡Basta de engañarnos! No permitamos que los gobiernos las sigan construyendo como si fueran la panacea y solución a la inseguridad, ni tampoco leyes más duras, ni penas más altas...

Preguntémonos de una vez por todas: ¿para qué sirven las cárceles?!

Reflexionemos acerca de ello y tratemos el problema desde una perspectiva profunda, buscando conocer qué determina a una persona a delinquir para entender desde dónde abordar dicha problemática, teniendo en cuenta los múltiples factores y trabajar interdisciplinariamente en ello.

¿Es más trabajoso? ¡Por supuesto!

Es mucho más fácil construir inhumanos depósitos de personas que luego saldrán en las mismas condiciones (en el mejor de los casos), pero que momentáneamente dejará a la sociedad satisfecha y feliz, viéndose calmadas sus ansias. (¡Sí, de venganza!)

¡¡¡Basta de cárceles!!!

¡¡¡Basta de maquillaje!!!



Segunda parte
**EL SABER QUE ACUMULAN
NUESTROS CUERPOS**

Dando la nota

Dany Literario

Siempre en un bondí, en cualquier lado, dentro de mi casa. A veces era mi papá en pedo defendiendo una de sus cagadas, bardeando a mi mamá, y yo ahí queriendo parar la bronca; otras veces era por mi culpa, porque había lastimado a alguno de mis hermanos menores o porque venía alguna vecina o vecino queriéndome cagar a palos por alguna que me mandaba, como romperles algo, golpear a sus hijos o faltarles el respeto porque me querían retar opinando giladas sobre mi forma de vida.

En los comedores comunitarios donde iba a comer, también. Si no era porque alguno se quería colar en la fila de espera, era porque mientras esperábamos que esté la comida, jugábamos al poliladron o a la mosca, que eran juegos en los cuales varias veces terminábamos a las piñas y después no podíamos entrar al comedor, no podía llevar la comida a casa, y otra vez me la pudrían.

En la escuela primaria siempre fue la típica: antes de llegar ya estaba enojado, con miedo a que me critiquen la falta de tarea, la vestimenta o que se burlen de las marcas de golpes en mi cuerpo que mi papá hacía a propósito para que las vean, me dé vergüenza y me comporte mejor (cosa que jamás funcionó, porque cada vez que se burlaban me cagaba a piñas y volvía a terminar en dirección, con malas notas o suspendido). Apenas salía de la escuela, mi papá me pedía el cuaderno de comunicaciones. Ni me saludaba, me hacía un gesto y yo entendía lo que me estaba pidiendo. Apenas veía la mala nota, movía la cabeza, indignado y, con una mirada enfurecida, volvía a repetirme “¿siempre dando la nota, vos?”. Yo, sin decirle nada, empezaba a caminar, ideseando que el camino a casa fuera lo más largo posible!

Me marcó con esa frase. Siempre fui el que daba la nota, las malas notas. Di la nota cuando me acusaron en la escuela de lastimarle el ojo gravemente a un compañero, di la nota cuando me acusaron de robarle al empleado de seguridad de la escuela, di la nota cuando me engancharon por primera vez afanando por el barrio, di la nota cuando se enteraron de que consumía drogas, y así cantidad de veces, ¡hasta el día de hoy no paro de dar la nota! Pero siempre hay un “pero” y yo siempre tuve mis “peros” y mis razones.

Desde el año 2012, mi vida cambió. Fue en cana, en contexto de encierro, con 18 años, convirtiéndome en padre y habiendo perdido al mío el mismo mes.

Estuve a punto de patinar, de bardear y dejar a mi nena sin papá; quería irme con el mío, pero dije “no, no quiero volver a dar la nota, no quiero ser ese que es re bardo y deja a la hija sola. Estoy sufriendo por los errores de la vida de mi papá, no quiero que también afecten la vida de mi hija”, pensaba. Y fue ahí donde, aferrado a personas muy importantes y fundamentales en ese contexto, decidí salir adelante, empezar a decidir y actuar mejor. Me repetía todos los días: “no soy inservible o mala persona como muchos piensan, quiero ser lo que de verdad imagino que puedo ser”.

Recuerdo que fueron muchas frases de libros y charlas con docentes que me impulsaron y me alentaron, diciendo que veían un potencial en mí, que lo aprovechara y lo usara para darle un giro a mi vida y a todo lo que ignoraba y me perdía de ella.

A lo largo de un nuevo camino de aprendizajes, de comprensión, enriquecimiento, concientización, de apropiación de derechos humanos y de valoración de vida, empecé a notar una nueva actitud en mí, un nuevo comportamiento y enfoque de propósitos. Transité la escuela secundaria desprendiéndome de todo eso que recordaba de mi educación primaria en la calle y que me enfurecía; conecté y me fanati-

cé de varias y varios profes que eran lo más: no solo nos enseñaban, sino que nos miraban con respeto, nos proponían cosas y formas distintas a las tradicionales, buscando que ese transitar de la educación fuera efectivo y nos diera orgullo ser estudiantes y personas con información, con historias y herramientas para encarar la vida con la frente en alto.

Desde ahí, empecé a prestar atención a las demás personas de la institución y a los espacios de aprendizaje y formación que entendía me ofrecían una experiencia nueva. No me la quería perder.

El espacio de radio y el de literatura fueron los que me dieron el lugar de ser y decir lo que me pasó y pasaba en la vida, de opinar y contarla como yo la entendía. Fue ahí, con esas experiencias, que nació el Dany que ni yo me imaginaba que podía existir, ese que puso todo sobre la mesa y dijo “estas son las cartas”. Y empezó a contar, a preguntar, a decir, a cuestionar, a proponer, a reclamar y a concientizar, empezó a dar la nota, pero la buena: la de sorpresa, admiración y valoración para muchas y muchos. Empecé a querer comunicar desde esa otra perspectiva que, entendía, todavía no se tenía en cuenta.

Más tarde, luego de haber pasado por varios talleres artísticos y uno de comunicación audiovisual, fue cuando mi cabeza explotó al darme cuenta de que todo era comunicación, cada gesto, cada mirada, cada cuerpo, cada color y olor, todo, todo comunicaba o podía usarse para comunicar y conocer.

Desde ahí no paré: escribí, dibujé, grabé, canté, filmé, jugué y compartí cantidades de cosas y momentos. Empecé a dar la nota, la verdadera nota. Ya no me venían a retar, me venían a felicitar; ya no me callaban, me pedían opinión sobre distintas cosas; ya no me esquivaban, me invitaban a cantidad de lugares; ya no era alguien más, era Dany Fernández, el pibe que da notas a la radio, la tele, el que participa en escuelas de jóvenes o adultos, en facultades de distintas universidades,

para compartir su experiencia, trabajo y proyectos. Soy uno de los impulsores de RadioBelgra, proyecto radial en contexto de encierro reconocido por la legislatura porteña en el año 2014, soy uno de los autores del libro *Expresos Literarios*, soy uno de los cuatro primeros estudiantes que comenzaron la carrera de Sociología de la Universidad de San Martín dentro del C.S.R.C. Manuel Belgrano en el año 2015. Soy el que firma y dedica libros, el que escribió un prólogo para el libro *No Todos Somos Iguales*, de Lautaro R., otro joven que escribió y publicó en contexto de encierro; soy el que, junto a la artista Veroka, escribió el guion de la película *Oíd Mortales* y que, también, junto a Micol y un zarpado equipo lograron concretar esa película con el fin de contar lo piola de las cárceles de jóvenes; soy ese que empezó a grabar los rap a su hermano estando privado de la libertad y hoy en día juntos recorren barrios y provincias presentando sus temas. Soy ese que vuelve a los barrios y a las cárceles con la intención de compartir el recorrido, las experiencias y herramientas rescatadas para seguir transformando y creando conciencia a través del arte y la comunicación.

Ese que hoy recomienda y acompaña a su hija a cada actividad física o artística que elige hacer, el que la impulsa a bailar, actuar, cantar y todo lo que ella cree que no le va a salir, para que vea que solo son prejuicios, miedos y construcciones que podemos deconstruir, para vivir y disfrutar.

Desde hace más de 10 años que estoy en este bondi, no paro de dar la nota, esa nota que muestra y evidencia la realidad de la historia, de cada una de nuestras historias.

Pasada por agua

Cynthia Bustelo

La primera vez que entré a la cárcel fue de la mano de Valeria Frejtman, en el marco de un “crédito de campo” de la carrera de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Con ese “crédito” me gradué, es decir que la última instancia educativa que cursé en la carrera fue la que marcó mi camino profesional. Recuerdo la sensación de ese primer día que ingresé por primera vez a una cárcel (la de Ezeiza). Y tengo muy presente también la sensación de la salida: desconcertada, triste, joven, adrenalínica, expectante. Volví a mi casa y necesité darme un baño.

Desde ese día repetí el ritual cada vez que entré como talle-rista y coordinadora. Hace once años que necesito darme un baño cuando llego a mi casa después de pisar la cárcel. Todavía no puedo asegurar qué proceso se juega en ese “pasarme por agua”. Quizás alguna función de limpieza y restauración subjetiva, incluso de interrupción y huida de ese otro mundo tan particular que intento (sin éxito) lavar para sacarlo de mi cuerpo o mi cabeza.

Desde ese momento, año 2010, continué vinculada a la cárcel a través de una agrupación que realizaba talleres socioculturales y de promoción de la salud integral en las cárceles. Luego, continué como docente del Taller de Educación Popular, en el marco del Programa de Extensión en Cárceles, y más tarde me sumé a la coordinación de todas las actividades. Desde aquel comienzo hasta hoy hay un hilo que orienta e hilvana mi práctica pedagógica en cárceles.

Responsabilizo por ello un poco a Beto, un detenido alojado en el pabellón noveno de adultos mayores en la cárcel de Devoto, que escuchó a un compañero de pabellón pedirme que le haga un favor en el afuera. Era la segunda vez que en-

traba, yo tenía 25 años, y Beto se me acercó y me dijo: “Nena, vos no venís acá para hacer favores, estás para otra cosa. Y somos nosotros los que te tenemos que cuidar a vos”. Que yo leí también como: “somos nosotros los que te tenemos que enseñar a vos”. A través de ese enunciado, Beto no solo confirmaba sin saberlo una máxima freiriana que yo encarne, porque definitivamente en ese espacio siempre aprendí mucho más de lo que pude enseñar. Sino que me convidaba una pista fundamental de nuestra tarea: en la cárcel cuidar, enseñar y aprender, son verbos que se entreveran, se amalgaman, se confunden.

La cárcel fue el escenario donde ensayé mis primeros pasos en la docencia, y sigue siendo mi mayor fuente de aprendizaje. Desde esa experiencia, puedo contradecir en algo a Beto: yo también estaba ahí para cuidar y acompañar, porque el cuidado no puede ser de sentido único, por el contrario, es siempre colectivo.

El aula de la cárcel fue el territorio donde le encontré otros sentidos a la enseñanza, al aprendizaje y a la posibilidad de construir una red de cuidados como un acto político pedagógico, como práctica institucional, ética y política.

Es justamente allí donde las manifestaciones de cuidado, los gestos de confianza y las prácticas afectivas cobran potencia y hacen sentido en mi vida. Es allí donde se conmovió para siempre mi biografía educativa, académica, profesional. Ese lugar que ni pasándome por agua logro sacarme del cuerpo y la cabeza.

Tus alas traen mi voz

Graciela Vessella

—Mirá, llegó alguien nuevo al patio. ¿Sabés quién es?

—Sí, la conozco. Estaba en el 25 y cuando me vio por primera vez, se puso a llorar, no sé por qué... Vino alguien a consolarla y la llamó Grace. Siempre estaba en el patio, pero yo no podía alcanzarla, es que allí hay rejas en el cielo. Muchas veces la visité, con disimulo para que no volviera a entristecerse... Siempre parece estar ausente, con la mirada perdida. Y siempre está en silencio.

—Echale un vistazo vos, a ver qué te parece.

—Estará desorientada.

—No, no está distraída, está mirando el pasto, los árboles...

—Mirala bien, está mirando más allá. Mira a la nada, mira el todo y sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas.

—¿Será muda? ¿La ves? No habla con nadie.

—Siempre tan apurada vos, todo ya, observala con detenimiento y esperá.

—Ahí la veo bien.

Se oyen voces, gente que llega y una puerta que se abre. Inmediatamente, se seca las lágrimas y se va. Siempre en silencio.

—¿Volverá?

Los días pasan, las estaciones cambian. Ella sigue ahí.

—¿Volvemos a buscar las flores rojas del patio, del año pasado?

—¡Sí, vamos de visita!

—¡Mirá quién está ahí! ¡Es Grace!

—Cuánto tiempo que pasamos sin verla, allí está, sentada en el pasto reunida con otras chicas. Se la ve animada.

—¿Viste? ¿Qué te dije? Escuchá el murmullo, escuchá las

voces, escuchala a ella. Su voz es dulce y acompasada, sus ojos dejaron de largar agua. Se ríe y canta... Qué lindo es verla así. Doy una vuelta bajita a ver si me ve.

—Dale, vamos juntas.

—¡Nos vio! Mirá cómo sonrío, cierra los ojos y nos habla, nos habla a nosotras.

Así siguieron pasando los días...

—Cada día está más animada, cada día está más entera, cada día habla más con todos, profes, compas. Escuchala, su voz no se entrecorta al hablar, ya se está adaptando mejor.

Así pasaron los años... Cada vez que puedo paso a visitar a mis amigas del CUE. Es febrero, mi mes favorito del verano; me gusta pasar por el patio de la facu a comer el néctar de las plantas.

—Hoy parece ser un día especial. Mirá, todas están reunidas y ella presenta a los profes, parece que hoy hace de locutora, todos ríen, y ella se ve contenta.

—Está feliz Grace, habla con todos, se ríe, se divierte, cuenta historias. Ya es tiempo, se debe ir en breve. Ya es tiempo.

—En el patio del 33, escuché que le contó a su amiga Mirta que el sábado es su último día aquí. Se abrazaron para llorar y no dejaron de parlotear.

La primera vez que fui al CUE

Julia Satlari

La política es algo hermoso cuando nos conecta, cuando es una excusa para estar cerca, para pensar juntxs, para proyectar el mundo deseado, para ir ensanchando de a poco nuestro universo de lo posible.

Siempre cuento que gracias a que empecé a militar, pude terminar la carrera. Estaba muy desencantada de lo que la currícula me ofrecía y no encontraba la forma de hacer pie en lo que me interesaba. Por suerte, (en realidad por una confluencia de motivos que no viene al caso) empecé a militar en una agrupación política. Muchas personas tienen el prejuicio –tal vez no completamente infundado– de que lxs militantes somos estudiantes crónicxs y nunca nos recibimos. Para mí fue todo lo contrario: me impulsó y me motivó para poder terminar la carrera. Pude ver que mis problemas no eran tan personales como yo creía y que hay espacios desde donde se puede analizar y criticar el estado de cosas para proponer soluciones. Gracias a que empecé a militar la carrera, conocí el Programa de Extensión en Cárceles.

De hecho, la primera vez que fui al CUE fue para fiscalizar una elección de la facultad en 2017. Era la primera vez que se votaba en simultáneo Junta Departamental, Consejo Directivo y Centro de Estudiantes. Podría hablar media hora sobre la importancia de los órganos de cogobierno, pero mejor en otro momento...

Ya hacía un par de años que participaba del Taller de Narrativa en el Centro Universitario de Devoto con Inés, con Lucas, con Luciana y con María Elvira. No iba al CUE porque era imposible para mí coordinar los horarios con las escuelas, otros talleres y lo que me quedaba de cursada en Puan. Desde Devoto tenía el 109, directo, o el 47 que me dejaba en un toque en Chacarita donde seguía el día.

Era un miércoles y habíamos estado primero en el Centro Universitario de la Unidad I donde habían tardado muchísimo en bajar a los compañeros para votar (qué raro, ¿no?). Me acuerdo que la mayoría de los compañeros votaban en las carreras de Sociales y había un embrollo entre dos listas que se disputaban el mismo electorado. Sin conocerme, solo leyendo la inscripción en la parte de atrás de mi buzo, (aunque intenté esconder la inscripción lo más que pude) ubicaron de qué lado estaba y me contaron, con confianza, que estaban bien al tanto de lo que pasaba y de lo que estaba en juego en su facultad. Además, y mientras duraba la espera, me mostraron la grabación de un mensaje del Papa Francisco para los estudiantes y docentes de los centros universitarios en contextos de encierro.

Después fuimos al CUE de la Unidad IV. Entre una cosa y la otra, habían pasado varias horas. Habíamos salido de la sede Puan tipo once de la mañana. Cuando llegamos, las chicas nos esperaban con tartas y otras cosas ricas caseras, gaseosas y todo listo para la mejor votación de mi vida (tenía hambre para ese momento, digamos todo). Me sorprendió lo chiquito que era el CUE comparado con el Centro Universitario de Devoto, y también cómo las compañeras estaban súper organizadas y alegres de recibirnos. ¡Qué distinto ese recibimiento al de lxs estudiantes que cursan en Puan al momento de la elección! Nadie quiere votar, ni que le hablen del tema, están saturadxs, y también, por qué no, muy metidxs cada cual en su mundo. En el CUE era todo lo contrario: la votación era un evento alegre por el vínculo con la Facultad, porque algunas caras nuevas veníamos, acompañadas por Sabri, a conocer el espacio. Recuerdo la sensación de que el CUE era un espacio lleno de afecto y vida. Eso es muy revitalizante para la educación y para la política: que estén llenas de afecto y vida.

De ir al CUD, yo ya había aprendido que una cosa era la cárcel y otra, muy distinta, el Centro Universitario, y se lo tra-

taba de explicar a cualquier persona que me diera pie (o no). Una cosa, es la opresión de los pasillos (y eso que nosotrxs solamente transitábamos los pasillos) llenos de candados, milicos, gritos, olor a pis de gato y mugre; y otra cosa, muy distinta, llegar al espacio de la universidad: estaba siempre todo limpio, sin milicos, por supuesto, y con los compañeros concentrados en sus lecturas, estudiando, intercambiando, jugando al ajedrez, tomando mate.

El día de la elección en el CUE, las compañeras escucharon con una atención pasmosa lo que, lxs que representábamos a las listas, teníamos para contarles. Yo aproveché a decir –porque toda oportunidad es buena– en frente de la compañera que iba por la lista que, en ese momento, conducía el Centro de Estudiantes de la Facultad, que ellxs se habían negado a dar apuntes gratuitos a las compañeras de Letras que salían en libertad. La compañera no sabía dónde meterse. Al año siguiente, que se votaba solo Centro de Estudiantes, esa misma agrupación no quiso llevar las urnas a los centros y me quedé sin voz de discutir, pero esa es otra historia.

Volviendo del CUE, me dormí en el auto. Tenía que recuperar fuerzas para seguir con las actividades apenas llegáramos a Puan, donde transcurría la elección “propiaamente dicha”.

Nadie, pero nadie, me va a decir que los votos de las compañeras son pocos y, por eso, menos importantes (unos años antes, habían anulado una urna y algunxs siempre la mira(ba)n con una desconfianza plagada de prejuicios) o que no cambian los resultados de la elección. Cambian. Para todxs lxs que participamos. En política, una nunca se puede quedar solo con los números o los porcentajes. El recuerdo del intercambio con las compañeras, ese día, me quedó guardado como un tesoro, un recuerdo que, cada vez que vuelve, me hace sonreír y emocionar.

Mi lámpara

Liliana

Pabellón 29,
zanahoria en mi nariz, después de tanto perseguirla.
Me porté bien (aunque el Servicio me puso regular).
Trabajo: cumplido
educación: cumplido
sociales: en cumplimiento...
¡No importa!
Una celda toda para mí.
¡A limpiar las paredes de *graffitis* y pegatinas!
Decorar las cortinas con puntillas.
Mi nuevo espacio:
¡es una pieza!
Un foquito cuelga y titila, débil.
Pobre... está cansado.
Muchos años de encierro.
Audiencias a mantenimiento
sin perder el tiempo.
Innumerables.
Jamás una respuesta,
como casi todo en Ezeiza,
que siempre termina siendo casi nada.
Acomodo el DVD, la tele...
pero está oscuro, necesito una lámpara.
Olvido la idea, es pedir mucho,
casi tanto como pretender internet o un celular.
Recuentoooooo...
¡Hoy es día de CUE!
¡Allá todo brilla!
¿Será por las amplias ventanas
o es que el sol se agranda?

Primera clase, presentaciones,
charlas y risas al regreso,
despedidas felices con las compañeras:
“¡hasta el lunes!”

Otra vez mi celda y la oscuridad.
Pero no me preocupa,
me siento ilusionada y expectante.
Perdono al foco...
¡bastante tiene con lo suyo!
Cuaderno y lapicera sobre la cama.
Trabajo práctico: “Invitación a escribir”.
¿No será mucho?
Es como edificar una casa, ir a la luna,
o dar la vuelta al mundo en 80 días.
¡Imposible para mí!
Pero lo intento.
¡Y todo se ilumina!
Mi celda es ahora mi pieza;
el foco esboza una sonrisa cansada.

¡Me traje un pedacito del CUE!

Mi lámpara:
Cuadernillo de Extensión Universitaria.

Los días con CUE

Myriam Melingeni

Pegada a la reja, cruzando los dedos para que ningún incidente cortara el tránsito. Esperaba que gritaran mi apellido, entonces, la primera reja se abría y el periplo hacia el CUE comenzaba. Atravesar pasillos húmedos de tubos titilantes, rejas que se abrían y se cerraban, música y TV a todo volumen, gritos, a veces peleas, y ese olor a comida que nunca se iba. Más rejas, más pasillos, y en el fondo del último pasillo, como un oasis en el desierto, la puerta blanca del CUE.

Al atravesarla todo cambiaba. Como en un oasis, el aire era limpio y fresco. Una biblioteca de madera cubría una de las paredes laterales, llena de lomos de libros viejos, fascículos y revistas. En el fondo, la puerta que daba al jardín. Ahí teníamos cuatro bancos de plaza, junto al mate que nunca faltaba, testigos silenciosos de nuestras charlas, nuestras risas y, muchas veces, de nuestras clases. Cuando los días eran lindos, les pedíamos a los profes tomar las clases en el jardín. Eran momentos tan felices, ahí, realmente, nos sentíamos libres. Los profes nos trataban como personas, algo que adentro no ocurría. Los días que teníamos clases eran grandiosos, a pesar de que estudiábamos mucho, nos hacíamos tiempo para preparar algo rico para compartir con los profes. Eran días en los que realmente nos sentíamos libres y felices.

El CUE era como un complejo vitamínico que nos llenaba de energía y nos inmunizaba para bancarnos los días sin CUE.

Me acuerdo de cuando se festejó la presencia del CUE en Ezeiza. Los profes nos ayudaron a armar una obra de teatro que presentaríamos ante las autoridades del servicio penitenciario y del CUE. Unos nos traían retazos de telas para hacernos los disfraces, otros maquillajes y miles de ideas para armar esa obra, que terminó siendo grandiosa. Re-

presentamos una parodia del penal donde el personal estaba vestido como payasos; hicimos críticas de la comida y el hospital. Fue genial. Las autoridades sentadas en primera fila nos acribillaban con las miradas. Nos pudimos liberar, aunque nos costó caro: al día siguiente del acto, la requisa llegó con sus bastones y sus cascos y dio vuelta los pabellones, pero no nos importó, valió la pena.

Otros días inolvidables eran cuando venían Sabri y Lucía, ¡la pasábamos tan bien! Nos ayudaban a estudiar, pero era como si vinieran tus amigas, hablábamos de todo.

Compartíamos el jardín con dos hermosos árboles que nos protegían del sol en verano, también con varias plantas que cuidábamos como si fueran las de casa. Algunas urracas, palomas y hasta un pájaro carpintero se posaban en los postes a escucharnos, quizás queriendo conocer los secretos que se guardaban tras esa puerta blanca. Ellos eran libres, podían volar por el inmenso cielo, sin embargo, venían a compartir las tardes con nosotras.

Un alambrado separaba el jardín del campo, todo era verde alrededor, el sol brillaba con todo su esplendor. Nos cargábamos de esa energía maravillosa que nos ayudaba a resistir el encierro. Tratábamos de quedarnos la mayor cantidad de horas posibles. Estudiábamos en equipo, a veces, se creaban interesantes debates sobre algún tema tratado en la clase. Eran las horas más felices, éramos un grupo de cinco o seis compañeras que nos escuchábamos, nos consolábamos, nos dábamos fuerzas unas a otras.

Mi vida en el penal cambió en el momento en que conocí el CUE. No solo aprendí de literatura, carrera que amo, también aprendí que en los momentos más oscuros se puede encontrar un pequeño oasis de felicidad. Eso para mí fue el CUE.

Mayo de 2021

Recobrando mi voz

Graciela Vessella

Mi estadía fue en el penal federal de Ezeiza en la IV. Allí te alojan, te tiran, te ponen, te dejan... si no cumplís con las leyes y normas sociales. Yo a la cárcel la llamé “La Casa Grande”.

Es un lugar que no es fácil para nadie, no solo te privan de tu libertad, sino que también anulan tu alma. Tu ser se aleja, dejás de ser la persona que eras antes, transmutás en un ente, dejás de llorar, de comer, de hablar, pero por sobre todas las cosas, dejás de soñar.

Allí debés aprender a convivir con otros y, lo más importante, a convivir con tus propios fantasmas. Algunas chicas se vuelven parlanchinas, otras se callan. Yo era de las últimas, mi voz ya no estaba. Al apartarnos de nuestra realidad, de nuestras vidas, muchas nos dejamos ir.

Pasados unos meses de encierro, tuve la oportunidad de ir al CUE. *El lugar* que de a poco cambió mi vida.

Allí aprendí que una mirada tierna me calmaba el alma, porque esos ojos tras las gafas me estimulaban a hablar, a escribir, a seguir con mi vida de una forma distinta, a querer intentarlo otra vez.

Esos ojos que en otra vida me habían ayudado, estimulado a aprender, a crear, a ser yo, estaban presentes aquí. Cada semana, la mirada tierna de Sabrina me ayudaba a abrir mi alma, mis alas, a volar, a recordar quién fui y quién quería ser. Sus palabras de aliento me recordaban el amor que había sentido de chica con la seño de 6° grado. La que, sin juzgarme, me ayudó a no rendirme.

Todos los jueves, la mirada tierna, la dulzura y la calidez de Laura no me dejaban darme por vencida, me enseñaban que yo valía, que mis esfuerzos daban su fruto, que el estudio era lo único que allí no me iban a sacar.

El grupo del PEC no se preocupaba, ellos *se ocupaban* de todas nosotras, de nuestras necesidades, de nuestros pedidos de auxilio. Estaban ahí para consolarte, siempre con un abrazo, desde el corazón. Nos enseñaron lo importante de ser parte de algo mayor, de la Facultad de Letras. No importaba si te iba mal o si te iba bien. Siempre estaban.

¿Qué aprendí estudiando en la cárcel? Que las miradas tiernas de lxs profes eran la fuerza que necesitaba para salir adelante. Sus voces, de a poco, comenzaron a ser la mía; de a poco comencé a hablar, a escribir.

Y al final volvió. De la mano de un gran grupo de locos lindos, extrañxs que me daban todo su amor y su tiempo, que me prestaban su voz. Hoy ya es la mía, la encontré y lucho cada día para que nada ni nadie vuelva a tomarla sin permiso.



Tercera parte
**CÓMO ESCRIBIRNOS, CÓMO LEERNOS,
CÓMO CUIDARNOS**

Educación Cristiana

Graciela Vessella

En la década del 70 asistía a un colegio católico dirigido por monjas de la orden franciscana de la provincia de Buenos Aires.

Estaba cursando el quinto grado, la maestra a cargo era la señorita Marta. La tarea encomendada era la lectura de la Biblia, el Antiguo Testamento. Con público interno, iban a estar presentes la hermana superiora de primaria, Benigna, y la de secundaria, Gema. Y las monjas catequistas.

Mi familia me había ayudado con la tarea, los primeros versículos me los sabía casi de memoria. Ellos los leían y yo hacía de cuenta qué.

Y llegó el gran día. Mi abuela me preparó la ropa, hasta almidonó la camisa del jumper. Me hizo dos colitas con moño azul, besó mi frente en señal de bendición, y pellizó mis cachetes. Mi abuelo me llevó al cole, me bendijo también, y allí entré, re preparada y muerta de nervios. Pero no todo resultó como pensaba. Cambiaron la lectura, fue el nuevo testamento en lugar del viejo. A medida que mis compañeros pasaban al frente y leían, las cabezas de las monjas se movían en señal de aprobación o desaprobación.

Antes de que llegaran a la mitad del abecedario, el estómago me comenzó a doler muy fuerte y las letras de la Biblia danzaban ante mí... Avisé de mi malestar para salir del aula y recibí una negativa. Cada vez me sentía peor y parece que mi cara lo demostraba. Al cabo de unos minutos, la maestra me llamó y la hermana Benigna intentó llevarme a tomar fresco, pero una voz grave y severa lo negó. Era la hermana Gema que, inmediatamente, me tomó del brazo y me llevó casi a las rastras por un corredor gigante y en penumbras, casi sin mirarme. Me obligó a entrar en un salón, para mí descono-

cido, y llamó a alguien a los gritos. Sin que los pies tocaran el suelo, llegó una novicia, estaba tan pálida como yo y más asustada. La hermana le habló al oído y, un instante después, sobre un mesón de madera, había dejado un tazón enorme lleno de un líquido como el río Reconquista y un plato pequeño con un pan.

Me miró y dijo: —¡No habrás desayunado! ¡Comé, ya!

Sin emitir palabra, tomé el tazón y di un sorbo. Casi muerto, su sabor era asqueroso, peor que su color, parecía leche con mate cocido. Tomé el pan y traté de dar el primer mordiscón. Intenté nuevamente, pero no lo logré.

Volvió a mirarme y ordenó: —¡No vas a moverte hasta que termines todo!

Solo recuerdo revuelo a mi alrededor, las cucarachas volaban y gritaban asustadas. En un abrir y cerrar de ojos, mi abuela me tomó entre sus brazos y vi a mi abuelo que hablaba con la hermana Benigna, quien solo asentía.

Me reintegré al colegio al año siguiente, nadie hablaba del tema. Pasé a 6° grado, sin más. Las monjas dejaron de volar. La hermana Gema no volvió a dirigirme la palabra ni a mí, ni a nadie más de primaria, ni a pasearse por los patios de los más chicos. La hermana Benigna siempre me sonreía y acariciaba mi cabeza con mucha dulzura. La nueva maestra era la mejor, la señorita Ana María era el ángel de la escuela católica, con ella perdí el miedo a la escuela, a la lectura en voz alta y a hablar.

Siete cuadras

Julieta Sbdar

Empecé a participar del PEC en 2016, siendo estudiante avanzada de la carrera de Letras. Como contaba con cierta experiencia en talleres literarios, me propusieron formar parte del equipo docente del Taller de Literatura que se dictaba en el Centro Socioeducativo de Régimen Cerrado Manuel Belgrano. Recuerdo con nitidez el primer día que participé del taller: el viaje desde Puan hasta Avenida Belgrano y Jujuy, combinando la línea A –cuyos vagones llevaban impresas las marcas de mi vida estudiante– con la línea H –muda, hasta entonces desconocida, en vías de ampliación como mi incipiente experiencia docente–; la llegada a la estación Venezuela, las manos sudorosas, el corazón palpitante; el encuentro con Sabri en la esquina, para atenuar el impacto de la llegada; el encuentro con Yani en la puerta; el ingreso, las rejas, las puertas, los candados, las llaves, los jugos traslúcidos, las galletitas surtidas, la computadora “de la Universidad”, el patio enorme y gris, la escuela: el aula oscura, el pizarrón escrito con tiza naranja, los bancos puestos en forma de ronda, el eco de los pasos, las caras largas, las presentaciones; la mía: yo soy Julieta, me gusta el dulce de leche y no me gustan los gatos; las de R., N., P., A. y M.; la clase sobre Bob Dylan, que acababa de ganar el Premio Nobel, y la pregunta de mis compañeras por las fronteras entre música y literatura; el interés creciente de los estudiantes, las fotocopias con la letra de “Blowin’ in the wind” traducida al castellano, la lectura en voz alta, los comentarios, la consigna de reescritura, el verso *¿cuánto tiempo debe esperar su paz la gente de la guerra?*; mi silencio tímido, su mirada curiosa. Recuerdo, especialmente, el viaje de vuelta. Recuerdo que bajé del colectivo en la parada donde bajaba siempre y, en vez de caminar las siete

cuadras que me separaban de mi casa, caminé siete cuadras en el sentido contrario.

Desde el 2016 en adelante, formé parte del PEC de distintas maneras: ninguna de ellas me dejó indemne. Pienso en el primer día de taller y creo que sigue resumiendo la experiencia de enseñar en contextos de encierro y ensayar una mirada siempre extrañada, siempre primera. Pienso en esa primera desorientación, esas siete cuadras recorridas en sentido contrario y pienso que esa experiencia cambió mi rumbo, me desorientó. Y cada vez que vuelvo a encontrarme con los estudiantes, como ahora cada quince días en Relatos de Segunda, compruebo que esas cuadras desorientadas vuelven a encauzarse, porque los talleres literarios son direcciones postales que inventamos cada vez, buzones que permiten agenciarse palabras destinadas a otros.

Stephen King, Rodolfo y yo: un relato de aprendizaje

Eugenia Bosio

Fue en una de esas pocas madrugadas en las que Morfeo me abandona mucho antes de lo pactado, dejándome sola con el sabor amargo de promesas incumplidas. Y yo, demasiado orgullosa para rogarle que vuelva contando ovejas, busqué una solución alternativa para lo que, a esa hora, era un hecho irreversible.

Opté entonces por retomar la lectura de *Mientras escribo*, de Stephen King. Los dos primeros días de lectura, no tuve suerte, la luz verde nunca se encendió, ni siquiera la amarilla. El libro es dinámico, pero la realidad es que ningún párrafo me conmovía.

Después de todo, tengo una personalidad atravesada por la tautología: para mí la luna es la luna y nada más que la luna, motivo por el cual la melancolía de lo que pudo ser y no fue no es un aspecto que me desestabilice.

Motivada por el entusiasmo de los hechos relatados, después de leer algunas páginas, encontré pequeñísimos destellos de luz. Algo me movilizó un poco más y lo marqué: “escribir una historia es contársela a uno mismo”, dice Mr. King. Agrega más adelante: “al principio, solo escribes para ti, pero después sale afuera”.

¿Qué historia, entonces, me podría contar? ¿Cuál sería la más atractiva para relatar?

Y así fue: aparecieron dos frases cortitas, una muy cerca de la otra. La primera decía “disfrutar escribir” y la otra, “si no te diviertes no sirve de nada”. Ambas fueron el portazo en la cara que Stephen le dio al desgraciado traidor, Morfeo, por su osada actitud de dejarme abandonada esa noche de lluvia.

De mi parte, no dudé en formar una alianza inesperada con mi héroe literario, por lo que era hora de salir de la cama y buscar algún lugar en donde al hijo de Hipnos le fuera difícil ir a por mí.

Así las cosas, tomé papel y lápiz y empecé a delinear el relato, no sin antes releer con más atención la frase iluminada: “Si no te diviertes, no sirve de nada. Vale más dedicarse a otra cosa... La regla se aplica a todo, leer, escribir, tocar un instrumento, jugar al béisbol... lo que sea”.

A partir de esto, nobleza obliga, lo primero que debo contar es que soy fanática de los deportes. No solo me gusta ver cualquier deporte, sino y, fundamentalmente, me gusta practicarlos. Tengo facilidad, en realidad, y sin ánimo de pecar de vanidosa, tengo talento para los deportes individuales o en equipo.

Es en el deporte donde logré expresarme de forma vehementemente y auténtica. Ahí, es donde palabras como entusiasmo,

esfuerzo, compañerismo, competición, fracaso, frustración y éxito cobran vida propia, no necesitan epítetos y, menos aún, explicaciones, tienen una impronta, un sello distintivo, autosuficiente que solo lo podemos entender aquellos a los que no nos acobarda ni el frío ni la lluvia para entrenar.

Pero hubo un deporte que siempre me fue esquivo. Seguramente, porque su comienzo fue (casi) traumático. Nací en una ciudad costera, con lo cual mi ADN contiene respeto al mar, respeto que mi padre quiso que quedara a fuego; y así fue como, en el verano de mis seis años, en un día de treinta grados, sol a pleno, la playa desbordada de turistas y el mar con bandera celeste, don Rodolfo Osvaldo propuso un baño colectivo que mis primos aceptaron instantáneamente, corriendo descontrolados mar adentro, gritando como ataque indio y salpicando a todos los que pretendían tomarse su tiempo para darse el tan ansiado chapuzón. Mientras tanto, a mí me agarró la mano fuerte, con una fuerza y seguridad que supe que había llegado la hora de mi bautismo de fuego.

Yo no fui por mi salvavidas y papá tampoco me dijo que lo buscara.

Entramos caminando al agua en un concentrado silencio, sin mirar para atrás. Pasamos la primera rompiente y, obviamente, dada mi estatura, el agua pronto me llegó al cuello.

A lo lejos, se escuchaban los gritos de mamá que desde la orilla decía: “Rodolfo, itrae a esa chica para acá! ¡Es chiquita! Ni se te ocurra llevarla a lo hondo, no sabe nadar...”.

¿Qué les puedo contar que no se imaginen?

No solo Rodolfo Osvaldo la ignoró por completo, sino que redobló la apuesta: me pidió que lo abrazara por el cuello y que solo pateara despacio. Hasta ahí, el esfuerzo lo hacía él, yo estaba absolutamente extasiada. Había una complicidad mágica, un momento único compartido entre padre e hija.

Recuerdo que me preguntó si tenía miedo. Mi respuesta no fue verbal, solo un movimiento de cabeza que él no podía

ver. Claramente, así como poco le importaron los gritos de Estercita, tampoco le importó mi respuesta.

Llegamos a cierta profundidad, para mí, en realidad, al medio del Océano Atlántico. En un movimiento repentino y rápido, me soltó y se alejó unos metros, desde ahí me hablaba: “vos podés, escuchame a mí, tranquila, vení hasta donde estoy yo, ilo vas a lograr!”

Respetaba las indicaciones con la respiración cortada y los ojos bien abiertos, me acercaba como podía con una sonrisa nerviosa y él se alejaba con una sonrisa feliz, orgulloso de mi triunfo.

La edad y los nervios fueron el obstáculo para que no tenga registro del tiempo que pasó. Sí sé que, en un momento, los dos hicimos la plancha. Fue un momento de relax, único, la mente quedó en blanco, me recargué con el sol de ultramar y con ese placer de sentir que flotás en el universo mientras el mar te ayuda a llegar a tierra firme.

Hoy, ahora, a mis 50 años, es solo cuestión de cerrar los ojos y saber exactamente lo que sentía.

Con algunas desincronizadas brazadas y un excelente patoleo, según me alentaba mi instructor, usé las olas para el *spring* final. Para cuando me incorporé, ya hacía pie, feliz de la batalla dada. Di unos pasos y choqué con mamá Estercita, que venía como una topadora con el toallón entibiado por el sol para envolverme. Rodolfo, astuto, se había quedado unos metros retrasado, necesitaba postergar el encuentro con su señora esposa.

El tiempo pasó. A los veintitrés años, decidí tomar clases de natación, pulir la técnica defectuosa de tantos veranos neocochenses. Lo que jamás me imaginé era que me iba a costar tanto. A tres meses de haber iniciado las clases, había quedado estancada en el nivel 2. Le expliqué al profe, a modo de excusa, el posible trauma generado por mi padre, apoyado por mi madre que, aquel día, no fue capaz de meterse al mar para so-

corrermme (esto afirmaríaa alguna vieja escuela psicoanalítíca que sostiene que la culpa de todos los males siempre es de la madre).

El profe me dio su respuesta con una sinceridad pasmosa: “Qué personaje tu viejo, pero tu problema es otro. Vos no sabés disfrutar la brazada, automatizás el error. El hecho es que, si no te divertís, no sirve de nada”.

Cualquier coincidencia con lo que dice mi héroe literario es pura casualidad (de este relato).

El tema es que realmente aprendí a nadar, pero más claro me quedó el concepto de disfrutar y, tal vez, por esas circunstancias de los confusos laberintos del destino, sea hoy la práctica de la escritura que me permita redefinir esas palabras que en el deporte me generaban tanta adrenalina.

Escribir siempre

Inés Ichaso

Entré a una institución de encierro por primera vez en el marco de las prácticas de Didáctica Especial, la última materia que me faltaba para recibirme de profesora. Pero no quería ser profesora. Quería una salida laboral que me permitiera seguir haciendo lo que me gustaba: leer y escribir. Creo que elegí hacer las prácticas en el Centro Socioeducativo de Régimen Cerrado para Niñxs y Adolescentes por una razón no tan diferente a la que me llevó primero a la literatura y, después, a la carrera de Letras: asomarme al otro lado del espejo. La misma curiosidad de llegar a destinos alejados, ir más lejos de la primera elevación del terreno. Entrar a la cárcel fue, como los viajes y la literatura, una forma de desafiar mi geografía mental y política, el alcance de mi lengua.

Uno de mis primeros miércoles de tallerista de Narrativa en el CUD, me topé con esta escena: M., un estudiante, arengaba a unas veinte personas que lo escuchaban con atención en el aula de Filosofía y Letras. Pensé que estaba comunicando alguna medida de resistencia, algún reclamo, pero estaba militando la escritura. Hay que escribir, les decía a los compañeros. Siempre, escribir, crear. Y les mostraba con el dedo su cuaderno Gloria, mientras decía que tenía el objetivo de completar todo el cuaderno, escribirlo hasta la última hoja. En ese momento, no entendí del todo su entusiasmo. Entendía, sí, sobre escribir. Para mí, escribir siempre fue una necesidad, una forma de entender lo que pasa y me pasa, de descifrar y dar significados, de buscar maneras de vivir. Pero no veía la necesidad de convencer al resto ni de hacer pública esa necesidad. Se trataba, como la lectura, de una práctica casi siempre privada, individual.

A medida que pasaban los meses, en las sesiones de lectura en voz alta, de escritura *in situ*, de aplausos, fui aprendiendo que no solo hay que escribir, sino que hay que hacerlo en común, a muchas manos y en voz bien alta. Aprendí de otras formas de la literatura, por lo tanto, de otras formas de enseñarla: con entusiasmo compartido, del que saca chispas. M. tenía razón, claro. En el aula del CUD, la escritura se puede volver inflamable, prender fuego la mano y la literatura, reavivar sus llamas, destruir algo y al mismo tiempo generar un círculo de calor, y al calor de esa escritura inflamable nos encontramos, como en torno a la estufa eléctrica los días de invierno, al calor de las lecturas inflamables nos reunimos como en torno a una ronda de mate. Prender fuego permite que el espacio helado sea habitable.

Entré a la cárcel hace diez años y no volví a salir del todo. No creo poder sentirla nunca como un espacio familiar, pero en sus aulas la incomodidad y el afecto me hicieron un lugar. Del aula de taller salí profesora de literatura. Me corrió el

marco de tal manera que hacer con otrxs lo que más me gusta, leer y escribir, es lo que hoy me hace docente. Este año, *Relatos de Segunda* redobló la apuesta y me volvió a confirmar que enseñar y aprender es una única tarea colectiva, incluso en las condiciones de mayor aislamiento.

Reencuentro con mi vida

Yzamara De La Torre

Hasta que llegó a mi vida, no sabía qué hacer. Lo dejé ahí, sin mirarlo, ni rozar mis manos sobre su cuerpo lleno de experiencia, sabiduría y verdades. Sin pensar ni saber que podría aprender de él.

Hasta que un día, hablando sobre mis miedos y deseos, Santiago, mi psicólogo, me dijo que, si tenía miedo de hablar y decir las cosas, le parecía mejor tomar otra opción.

—Sí, dime qué puedo hacer.

Me miró y se rió. Me dijo: “Escribí”.

Lo miré con la mirada penetrante, respondí que no, escribir no puedo, no me gusta, no sé. Quizás lo intente, algún día.

Me despedí, le dije hasta la próxima.

Recostada en mi cama, como todos los días, desesperada, angustiada, triste por volver a verla después de años. Mi primera visita con Dany y Alayna.

Entre llantos, emociones, reencuentro y cariños, compartimos una comida con el padre de mi hija y hablé de mis experiencias cuando hacía terapia con Santiago. Le conté de mis miedos, que no podía escribir y tampoco hablar, que eso me ponía mal por dentro, que me generaba malestar.

El papá de mi hija me dijo: “intentalo, está bueno, te vas a dar cuenta de que te va a hacer bien”.

Yo, escuchándolo muy atenta, lo miraba y grababa en mi mente, aún con el miedo de lograr lo que quería.

Me dijo: “mirá el dibujo ese, yo lo puedo hacer hablar”.

Me reí y le dije: “¿cómo lo puedes hacer hablar?”.

—Empezá a pensar que vos querés decir algo, pero escribís como él, o sea, como en segunda persona.

Lo miré y seguimos hablando. Me contó que es profe de Literatura, que tiene un libro que se llama *Expresos Literarios* que está re bueno. Que lo escribió cuando estaba detenido. También, que el primer cuatrimestre del año siguiente se iniciaba el Taller Colectivo de Edición en el CUE, con los profes de la UBA. Para aprender un poco más, me iba a traer el libro con otras revistas que tenía, como *Los Monstruos Tienen Miedo*, y entrevistas que ahora no recuerdo.

De tanta charla, no me di cuenta de que ya estaba atardeciendo y llegaba el fin de la visita. Ya estaba ansiosa por volver a verlos.

Los días en ese lugar no pasaban más. Faltaban quince para estar con ellos, volver a disfrutar y que me trasmitan esos sentimientos de libertad que necesitaba y no encontraba, hasta leer el libro que me iba a traer tranquilidad y deseos de escribir.

Me decidí a informarme sobre el taller, cómo tenía que hacer para asistir el primer cuatrimestre. Sabrina, profe del CUE, me orientó sobre cuáles eran los pasos que tenía que seguir para anotarme. Una noche, hablando con ella, me dijo que tenía que mandar una audiencia al CUE dirigiéndome a Cielo, la coordinadora de los talleres y materias que se dictan en el lugar.

Un día, nuevamente de visita, Dany me obsequió el libro que, realmente, hizo que yo deje de tener miedo de leer y escribir.

“Me cuesta tanto leerlo”, le dije.

Respondió: “fíjate, intentalo, te va a gustar”.

Y yo, “sí, seguro, ya lo voy a hacer”.

Lo miraba, él queriendo que lo rozara como el primer momento, cuando lo tenía en mis manos.

Hasta que, en fin, días de desesperación. No veía la hora de estar con ella, mi niña hermosa, que por errores no la tenía. No podía dormir. Y entonces lo leí.

Me decidí a tocar su cuerpo, tan lindo, con dibujos que hablaban sobre ellos, los *Expresos Literarios*.

Tan sabias palabras que me hicieron remover muchos momentos y trasladarme a cada lugar que ellos mencionaban.

Leí, leí y leí, no podía dejar de leer.

Muy conmovida porque no era la única con el mismo miedo, los mismos sentimientos y la desesperación de estar con los nuestros, que están lejos por cosas que uno hace mal.

Pero lo más lindo fue poder comprender que escribir te libera, te da valor y deja que tus emociones se vayan por las miradas de todos y se liberen.

Nuestra liberación es leyendo, aprendiendo y sintiendo.

Llegó el día del Taller Colectivo de Edición. Las profes nos cuentan qué vamos a hacer en el taller. Nos preguntan si nos gusta escribir. Mis compañeras responden que sí, escribían, pero no sabían, como yo.

A todo esto, yo ya escribía, tenía muchos textos. Lo comenté y fuimos trayendo poemas, reflexiones. Entre lecturas y debates, decidimos crear una revista en el Complejo Penitenciario IV de Ezeiza. Hicimos propuestas de título y subtítulo con todas las compañeras privadas de nuestra libertad. En una pizarra, íbamos escribiendo los nombres que iban a ser sorteados la próxima clase.

Próxima clase, sorteo del título. Había varios, hoy recuerdo el título de la revista y el subtítulo: es *Desatadas. Lanzate a volar*. Lo decidimos todas las compañeras, expresando el sentido que tiene cada palabra.

Si leen la revista, en la retirada de tapa está el índice con los nombres de todas. También, quién dibujó las ilustraciones para cada hoja, donde contiene nuestra revista tantas emociones.

En la primera hoja, habla sobre el título y subtítulo.

“Desatadas” expresa como un sentido reprimido, frustrado, que se libera a través de la oportunidad que se nos dio, con garras y fuerza. Luego nos tranquilizamos, buscamos en nuestro ser que toda esta represión se alivie con “lanzate a volar”. Nos tranquilizamos y obtuvimos lindos resultados de parte de nuestras compañeras...

Sentir que nadie nos corta las alas, que estando entre cuatro paredes podemos volar alto, muy alto. Poder trabajar juntas, aunque no todas estábamos en el mismo lugar, por horarios que se interponían con las materias. Traer nuestros textos e ideas para la revista que se iniciaría a editar. Textos magníficos escritos por mis compas. Algunas están ahí adentro, otras ya están afuera, como yo.

Recuerdo a Araceli, sus dibujos hermosos llenos de experiencias. Un día, nos contó que, cuando ingresó en una alcaidía en La Plata, su deseo era dibujar. Y con un lápiz, pigmentos vegetales (yerba mate, té, pasto), pigmentos minerales (óxido y tierra), un pincel de pelo humano y de pluma de aves que pudo crear ella, creó un hermoso dibujo llamado “Volar” que me emocionó. Desde entonces, nunca se borró de mi mente el deseo del arte que corría por sus venas.

Betina, compañera hermosa que siempre venía con una sonrisa a contar lo que escribía, y tomar mate a la hora de cursar el taller.

Euge venía al taller a traer sus textos, ya que comprendíamos que tenía otras materias, pero que no se quedaría afuera. Sus ojos claros divinos y sus pilas para seguir creando.

Marianela, muy experta sobre el lugar en que vivíamos, ya que ella estaba desde hacía mucho más tiempo que nosotras.

Recuerdo sus textos hermosos. Ella me decía que no, no, estos textos, no. Le dije: “vamos, que te va a gustar”. Entonces, decidió darme los textos para llevarlos y allí están publicados.

Milagros, más conocida como Joya: una compañera trans muy copada y cariñosa. Hablábamos de sus perritos y su casamiento en el lugar, y el deseo de volver con sus caniches. Muy conmovedor lo que vivíamos y poder transmitir las experiencias de mis compañeras.

Melisa, recuerdo que ella se inspiraba a escribir cuando jugaba a las cartas o cuando escuchaba música y de ella surgía mucha sabiduría que recorre su cuerpo y mente, para poder decir lo que siente.

Aquí les dejo mi experiencia, cómo aprendí a escribir y sentir la libertad, motivada por cada párrafo del libro que llenó mi alma cuando sentía que no podía más. Me ahogaba en mi ser como un náufrago en el mar, tratando de salvarse y no ser comido por los tiburones. Las historias narradas por mis compañeras me dan aliento para seguir y encontrar el escape del túnel en que nos metieron. Sin miedo a nada.

Dado vuelta estás vos o los poderes de la literatura

Lucas Adur

Como muchas cosas importantes de la vida, mi llegada al Centro Universitario de Devoto fue un poco azarosa. Después de algunas derivas académicas y personales, llegué al Programa de Extensión en Cárceles, sin saber exactamente dónde me estaba metiendo, pero con entusiasmo –una de las pocas cosas de las que me puedo jactar es del entusiasmo, y descubrí que eso era un rasgo común con todxs lxs integrantes del

PEC-. Nos juntamos con nuestro intrépido líder, Juan Pablo, y pensamos qué hacía falta. Así se nos encomendó, junto a Nico B., dar un taller de escritura académica que fue mi primera experiencia de educación en contextos de encierro.

No quiero ahora evocar el impacto de esa primera entrada, atravesando más puertas que Maxwell Smart, porque quiero contar otra cosa, pero sí dejar dicho que de esa primera vez me llevé al menos dos lecciones que, pensándolo mejor, son lecciones que los docentes, de cualquier contexto, deberíamos recordar siempre. La primera es que no hay que evaluar los proyectos en términos cuantitativos: preparamos con mucho entusiasmo, difundimos con ímpetu y nunca conseguimos que hubiera más de dos o tres estudiantes. (Pero una estudiante, hablando de esto, me dijo: “Cada una de nosotras somos cien”). Creo que para los pocos que pasamos por esa experiencia –docentes y estudiantes– fue valiosa y transformadora. De ahí surgió una amistad, que siguió por fuera de la cárcel –con el querido *Waiki*– y un texto que me sigue gustando mucho, un manifiesto sobre la literatura delictiva publicado en *La Resistencia*. Sí, pasamos de la escritura académica a la literatura delictiva, segunda lección: hay que hacer planes, claro, pero saber que se van a transformar. Cuando entrás al aula –y creo que esto vale para todas las aulas–, preparate para lo inesperado.

Pero lo que quiero contar acá es otra historia, que tuvo también un comienzo azaroso. Yo daba clases en la facultad y, entre mis alumnas, estaba María Elvira. En algún momento, nos reconocimos, nos dimos cuenta de que ambxs trabajábamos en el PEC. Yo hacía muy poquito, ella con un recorrido de varios años en el Taller de Narrativa que había fundado junto a Luciana. Inmediatamente, me invitó a sumarme al Taller y, antes de que terminara de enunciarlo, acepté (el entusiasmo, siempre el entusiasmo). Y en seguida me dijo (la

letra chica) que justo la clase siguiente ella no podía ir, que tenía que ir yo solo.

No sé bien por qué, estaba muy nervioso. Ya había entrado a la cárcel, pero siempre en pareja –es para pensar lo tranquilizador que puede resultar no estar solo–. Así que llamé a Julia S., creo que el martes a la noche, para proponerle que me acompañara al taller el miércoles a la mañana. Que me secundeara. Por supuesto dijo que sí: insisto, el entusiasmo es parte del ADN del PEC.

Di muchas vueltas para elegir qué cuento llevar. Algo que impactara, que les gustara, que invitara a escribir. Me decidí por un relato que había trabajado muchas veces, en secundarios y en talleres: “Los que abandonan Omelas” de Úrsula Le Guin. Es un relato, digamos, de ciencia ficción, digamos, si se quiere, alegórico. Omelas es una utopía. Un pueblito perfecto, donde todxs son felices. Pero esa felicidad, se nos revela al final, se apoya en el sufrimiento de un niño. Hay un chiquito desvalido, encerrado en un sótano, en condiciones infrahumanas. Si alguien intenta ayudarlo, toda la felicidad del resto de la comunidad, se termina. Así que la mayoría de la gente, sabiendo que eso está ahí, sigue con su vida. Algunxs no, algunxs no pueden soportarlo, y se van: abandonan Omelas.

Esa vez, sí, había bastante gente. El aula estaba casi repleta. Leímos el texto. Había partes medio difíciles, pero lo fuimos destrabando entre todxs. Primer impacto: eso era una lectura verdaderamente colectiva. Era un poco desordenado a veces, intervenían gritando, entraban, salían. Pero opinaban, estaban atentos, activos. Creo que mucho más que en otras aulas por las que transité.

El segundo impacto quizás podría haberlo previsto. Trabajando ese relato en colegios secundarios de clase media, siempre la perspectiva era la de los habitantes de Omelas.

Acá, ni bien terminamos de leer el cuento, uno de los asistentes gritó: “¡El chico ese somos nosotros!”. No sé por qué, no me esperaba esa lectura. Una lectura que daba vuelta lo que yo siempre había leído, casi seguramente, lo que la propia autora pensaba haber escrito. Y aún más: cuando me estaba yendo, se me acercó uno de los asistentes, que había estado muy callado. Me dijo que el texto lo había impresionado mucho, por el final. Que él se había ido de su pueblo, escapando de algo. Y que eso de lo que escapaba, lo había terminado encontrando. Otra interpretación que no esperaba, otro punto de fuga.

Las lecturas en el taller del CUD siempre parten de la primera persona. Se lee desde la vida, desde la propia historia. En algún sentido, esa forma de leer da vuelta buena parte de lo que me enseñaron en la Facultad. De las muchas cosas que aprendí, y sigo aprendiendo de transitar por esas aulas, esto es lo que quiero rescatar hoy. Mi paso por el CUD –y el CUE y el ENEC y las reuniones con liberadxs que después se convierten en compañerxs– me enseñó a leer mejor. Si se quiere, aunque suene paradójico, a ser un lector más libre. Menos prejuicioso, menos *snob*. En los contextos de encierros se lee y se escribe con todo el cuerpo. La literatura no es un lujo superfluo, no es un vicio impune, es una experiencia que atraviesa a quienes participan, a quienes participamos. Esa potencia que la lectura y la escritura parecen haber perdido en otros espacios, eso que me gusta llamar *el poder de la literatura*, se siente, se vive, en ese espacio de aprendizajes.

La china, Norita y yo

Eugenia Bosio

Lo atractivo de escribir es poder tejer (ardua y prolijamente) y destejer (desesperadamente) los hilos narrativos de una historia donde nada se cierra y todo parece conjetural para dejar en manos del lector la fina y difícil tarea de aclarar los misterios planteados eligiendo alguna de las opciones sugeridas por el relato: el silencio (escuchar), aprender (enseñar), la libertad del encierro. Lo demás, como siempre y definitivamente, son solo palabras...

Y esta es una de esas historias que, para contarla, no basta con saber escribir, es necesario tener la valentía para hacerlo, porque esta historia nació mientras las luces de aquellos días del 2019 quedaron atrapadas por la tan temida oscuridad del conticinio. Es que, a veces, se suceden determinadas situaciones, historias de vida que, lenta, estratégica y asertivamente, el tiempo se encarga de acomodar al armar el rompecabezas de una parte de tu vida con esa ficha que andaba suelta, perdida en el tiempo y el espacio.

Así fue que, en el pandémico primer cuatrimestre del 2020, cursando la materia de Literatura Argentina I, Cátedra de Adriana Amante (quien atravesó el umbral de la virtualidad sorprendiéndonos con infinitas e ingeniosas variantes de enseñanza para que aprendamos cómo fueron los primeros pasos de nuestra Literatura), en el marco de la unidad del *Martín Fierro*, de forma asincrónica subieron al campus una charla con la autora de *Las aventuras de la China Iron*, Gabriela Cabezón Cámara. Allí, los integrantes de la cátedra le realizaban diferentes preguntas. Una de ellas fue quién le gustaría que la leyera. La respuesta fue casi obvia y lógica: su deseo era que la lean todos. ¡Bingo! A esa respuesta le faltaba algo, le faltaba el fundamento de la energía de lo concreto y tangible;

sin pecar de vanidosa, podía asegurar que era yo quien tenía la ficha que hacía reales esas palabras. Quería traspasar la pantalla, meterme en el campus y contarle quiénes y en qué contexto la leímos.

Para poner esa ficha, es necesario que retroceda a mi “antes” de aquel 2019, oscuro y de momentos (muy) felices. Por ejemplo, cuando me entregaron el segundo lugar en el Concurso “Soltar la lengua” del VI Encuentro de Escritura en Cárceles. El premio: varios libros, entre ellos, el de la China Iron. Ese día, al llegar a mi fugaz morada, mis compañeras querían saber el motivo de tantos libros. Los libros siempre generaban curiosidad. Estudiar generaba intriga y respeto.

Y se dio así, naturalmente y sin ningún plan estratégico, que un día me encontré leyendo a viva voz *Las aventuras de la China Iron* a un público reducido, en realidad, a una sola persona: Norita, como la bautizamos, porque nunca le entendimos su nombre. Ella hablaba solo Aymara y arrastraba cuarenta y cinco años de total analfabetismo que supimos quebrar a fuerza de su voluntad y constancia y nuestra paciencia (junto con una compañera colombiana nos propusimos enseñarle a leer y escribir, empezamos poniendo los nombres de los gráficos de una revista hasta llegar al día que la encontramos leyendo muy despacio y con muchas dificultades La Biblia, pero lo había logrado, lo habíamos logrado). Norita entendía todo lo que se hablaba, todo lo que se gritaba, pero también, estoy convencida, entendía todos los silencios propios de ese lugar. Tenía marcadas las huellas de esos infiernos que dejó afuera.

Llegaba al pabellón y ella me recibía, como para que nada me distraiga, con el mate amargo (“nada de azúcar, Norita”, le decía y se reía despacito). Nos ubicábamos en nuestro rincón perfectamente acomodado y alejado de posibles focos de conflicto para que, inexorablemente, dé inicio a la lectura diaria. Así se dio en los primeros días, pero, después, se fue

sumando público para escuchar el relato. Era una ceremonia, pedían un respetuoso permiso para entrar y ubicarse en algún lugarcito. Había mística en esas mujeres que escuchaban atentamente el relato de una novela que, personalmente, no me resultaba atractiva, me parecía un verdadero delirio *cool* que desafiaba irreverente la historia de las sixtinas del gaucho más famoso (ironías del destino, hoy *La china* integra la lista de los cinco libros nominados en Francia para el Premio Montluc Resistencia y Libertad).

Leía un capítulo por día (suficiente para mí, no para mis fieles oyentes).

El día catorce cambió esa dinámica. Ese día leí tres veces el mismo capítulo. Algo le llamaba la atención a mi *cusisita* (alegre en Aymara) Norita. Avanzamos con los capítulos posteriores, pero el capítulo catorce siempre lo refrescábamos, conocía algunos párrafos de memoria. Norita conocía mis gestos al leer, la impronta de algunas palabras, el matiz de las consonantes, el espacio de las comas; yo desconocía qué la movilizaba.

Inconscientemente, en ese momento, intercambiamos piezas de nuestro rompecabezas: yo le di el de los recuerdos olvidados y ella me dio la ficha de la valentía de escribir.

Esa verdad me la regaló el tiempo.

Y así, armó G.C.C. su rompecabezas que la motivó a que me enviara el mail fechado el 15 de julio de 2020, el cual, textualmente, dice: "...me llegó el comentario que mandaste a la Cátedra de Argentina I. Me conmovió muchísimo, me emocionó la idea de una persona que estudia Letras leyéndole *La China* a una persona analfabeta, me resulta de lo más hermoso. Yo quiero escribir para todo el mundo, no me parece que el placer enorme, la vitalidad y la fuerza de la Literatura tenga que ser para especialistas...".

Esa verdad también me la regaló el tiempo.

Fin (de un relato que me llevó un largo tiempo armarlo).

P.D.: Sábado lluvioso de algún día de verano del 2021 mirando Booktubers por Canal A, la invitada: Agustina Bazzarica (autora de una novela que es una distopía, *Cadáver exquisito*). El programa propone un juego: hay un apocalipsis y solo va a quedar un libro para la humanidad, ¿cuál elegís? Y adivinen cual eligió... *Las aventuras de la China Iron*, porque re-significa el *Martín Fierro* en clave feminista, es un libro luminoso, lleno de amor de una comunidad armónica, armónica con la naturaleza y armónica con ellos, no hay binarismos, los géneros son fluidos. Esto merece una copa de Rompecabezas (cabernet) mientras escucho “Ríe chinito”: me va a acompañar para recordar y pensar.

Otra noche de insomnio o dormir entre rejas

Myriam Melingeni

Estoy en mi cama intentando
leer un libro
pero las oraciones se mezclan y se deshacen
como castillos de arena.
Mi cabeza está lejos, muy lejos
sumergida en un mar de la memoria y sueños
remonto las olas dejando
atrás los malos recuerdos.
Mi cabeza está lejos, muy lejos
buceo en la inmensidad de mis sueños
para buscar alguno que me saque a flote.
Mi cabeza está lejos,
necesito soltar el ancla
de esta realidad que me hunde.

Mi cabeza está lejos
como un tesoro en el fondo del océano
aparece el sueño tan deseado
lo tomo con fuerza y cierro los ojos
como un salvavidas me lleva a la superficie.
Mi cabeza está lejos, pero en mi cama
las oraciones del libro ya no se dispersan
esta noche me siento libre
floto en la inmensidad del océano.



Cuarta parte

**SOMOS DE SEGUNDA PORQUE
NO HAY NADA PRIMERO**

La soledad acompañada

Liliana

Cara y ceca

Lo que se pierde:

Una mujer cualquiera, de pelo corto o largo, lacio u ondulado, morena o blanca, buena o mala, inocente o culpable, perdió su libertad ambulatoria. Solo eso.

Y con ella ...

...sus largas charlas con Matías, el hijo consentido, a quien aconsejaba en la fresca edad de la rebeldía,

... las tardes con el amor de su vida, Yanina, llenas de risas, mates y alguna que otra discusión,

...acompañar a su hija Daniela en su primer embarazo, comprender sus inquietudes, calmar sus miedos, para tan solo conformarse con conocer a su nietito a través de una videollamada que se corta, se tilda y no se escucha,

...amamantar a la bella Isabella, de tan sólo tres meses que, desde aquel fatídico día, se niega a alimentarse porque está enferma de extrañarla.

¡Pero las presas solo perdemos el derecho a la libertad ambulatoria!

Los demás, por supuesto, quedan intactos.

Lo que se gana:

Las personas privadas de la libertad llevamos con nosotras la ESPERANZA.

Ella nos acompaña.

La apretamos muy fuerte entre los puños, como un tesoro, temiendo que alguien nos la pueda arrebatar.

A veces, nos abandona momentáneamente (¿o logran sacárnosla?) cuando recibimos alguna noticia no deseada:

la negativa de un arresto,
los años de condena no esperados...

Pero la esperanza se ausenta por poco tiempo, porque sabe que debemos resistir,

remar
resurgir
reinventarnos.

Para enfrentar desafiantes

la requisa
el recuento
el retén...

Pero por sobre todas las cosas, porque todavía nos quedan pendientes...

largas charlas con Matías...
ricos mates con Yanina...
malcriar al bebé de Daniela...
y sentir el olorcito dulzón de Isabella.



Febrero

Vuelve a mi cabeza
febrero de 2019
mejilla contra mejilla
sombrero y arena
grandes sonrisas
¿felicidad?
No lo sabía.
Tres meses después
las mejillas se separan

dando lugar a un beso
¿el último?
Y luego...
la oscuridad
el pozo
la tumba.

La muerte
la enfrentamos solos.

Cuando pienso en la felicidad
me acuerdo de aquel febrero...
¿volverá?



Tefi

Ayer:
primera infancia.
Olorcito a bebé que aún recuerdo con nostalgia.
Amor infinito y desmedido,
dulce...
palabras mal pronunciadas.
¿Dijiste primero mamá o papá?
No importa.
En nuestra cama (que era mesa y silla)
risas y cosquillas
acariciaban suavemente
la angustia y la depresión.

Hoy:
Escucho tu voz, Tefi, y compruebo
que no estoy muerta.

Sueños míos se derrumbaron,
sueños tuyos se concretaron
y son mi ilusión.

Escucho tus proyectos y me proyecto.
Escucho con entusiasmo tu entusiasmo.

Cuando te escucho, hija, compruebo
lo viva que estoy...

todavía.

Gracias a mis compañeras un día dejé de llorar

Myriam Melingeni

Libertad, una palabra que se usa con mucha liviandad pero que conlleva una gran responsabilidad.

La libertad está marcada en mí a fuego. Será porque crecí en un tiempo en el que querer ser libre significaba desaparecer. Pero era adolescente y no podía callar mi rebeldía, y esa búsqueda silenciosa de libertad me llevó por primera vez a la Biblioteca del Congreso que, como dije en otro escrito, es un lugar maravilloso. Apenas atravesabas el umbral, era como entrar en otra dimensión, el tiempo se detenía automáticamente o, al menos, el tiempo como lo conocemos. Los sonidos eran mínimos: unos pasos sin prisa, calmos, que buscaban un lugar donde detenerse; el sonido de las hojas cuando las pisabas o el sonido de un libro apoyándose sobre las enormes mesas de madera, impecables, majestuosas.

También el aire era distinto, una mezcla de olores de libros, pero no libros nuevos, sino unos tamizados con olor a polvo. Un olor inconfundible que nunca volví a sentir, salvo cuando cierro los ojos y lo recuerdo. Una señora, con tantos años como muchos de los libros de los estantes, anotaba en una tarjeta de fichero los libros que te entregaba. Con esos pasos calmos pero ansiosos, llegabas a la mesa y, con cada libro que abrías, se abría un mundo distinto, tantos como vos quisieras.

Fue en esa biblioteca donde experimenté mi primera sensación de libertad. Esas escapadas a la biblioteca marcaron mi adolescencia y los primeros años de mi adultez.

Después, la vida me llevó por otros caminos y no volví a visitarla, pero jamás abandoné mi libertad. La antepongo siempre ante todas mis decisiones, algo que me llevó a perder trabajos y, también, alguna pareja, pero no me arrepiento.

Pasaron los años, y una situación límite y una decisión desesperada me hicieron perder la libertad. Imagínense, luchando toda mi vida por ser libre y, ahora, estaba encerrada tras horribles rejas.

Perder mi libertad fue peor que morir. Los primeros quince días, lloré, lloré y lloré hasta que mis ojos ya no podían producir lágrimas. Esos años de encierro se marcaron en mi mirada, cada vez que me miro al espejo, veo que mis ojos ya no son los mismos.

Gracias a mis compañeras un día dejé de llorar y, poco a poco, fui saliendo de mi depresión. Otra vez los libros intervinieron y sumergirme en ellos horas y horas me ayudó a recuperarme. Al poco tiempo de estar encerrada, descubrí que había un centro universitario y, un día, me autorizaron a ir. La misma sensación que sentí hace muchos años al entrar en la biblioteca fue la que me produjo atravesar las puertas del CUE.

Los sonidos eran otros, la música estridente de los pabellones había desaparecido, también el olor a frito, ahí el aroma era limpio y suave. Teníamos un jardín que me hacía sentir la liber-

tad en la piel. Y, sobre todo, no había rejas. Empecé a estudiar, a compartir tiempo con los profes, a disfrutar sus ganas de enseñar, su dedicación hacia nosotras. Volvíamos a ser personas.

Cuando llegaba a mi celda, me devoraba los libros, estudiar otra vez me ayudaba a sentirme mejor.

Aprendí a esperar con calma el tiempo que faltaba para recuperar mi libertad. Aprendí que, por más encerrada que estés, abrir un libro es como abrir una puerta: la libertad está ahí.

Aires puros

Graciela Vessella

Cuando llegué a La Casa Grande, como a todos, me hicieron pasar por el pabellón de ingreso.

Éramos muchxs chicxs, pero una me sacó la ficha inmediatamente:

–No sé lo que hiciste ni me interesa, pero, si te preguntan, decí que te prostituías. Acá lo único que les importa a todas es sacarles manos a las otras. Ninguna te dice “yo robé, maté, trafiqué”, acá son todas vírgenes.

Con timidez pregunté su nombre.

–Yo soy la Tami de Gerli, estoy acá por boluda y por amor.

Sus palabras resonaron varios días en mi cabeza, fue un recibimiento épico, pero por sobre todas las cosas, real. Me estaba dando un consejo. “¿Por qué? ¿Para qué? ¿A quién le importa?”. Unas semanas después, lo descubrí.

Llegué al pabellón 33, inaugurado por la unión de dos pabellones, el 4 y el 14, ambos de las fuerzas de seguridad: hijas, esposas de, hermanas de, o de alguna fuerza del Estado. El cuestionario comenzó apenas pisé la entrada. “¿Qué hiciste?

¿Por qué te trajeron acá? ¿Sos de las fuerzas?”

Y recordé lo que me dijo Tami. Contesté segura, pero sin decir nada a la vez. Y después recé.

Pasaron los meses y quien dirigía el pabellón siempre me observaba, día y noche, con sus secuaces. Al principio no podía dormir, ni comer, ni leer... Con el tiempo, una se acostumbra a todo. ¡Qué horror!

Había dos bandos: las del 4, las del 14, con varios sub bandos cada uno, quienes la bancaban a muerte a la Señora y quienes la toleraban; y yo que fluctuaba... Pero mi corazón vivía más con las chicas del 4. Eran jóvenes, estudiaban, no criticaban mucho, pero, por sobre todo, a mí me incluían siempre.

Había días en que la atmósfera estaba tan cargada de mala onda que no podías casi respirar. Y ahí comprendí la frase “no se corta ni con una tijera”.

Y llegó el día. La mayoría de las chicas tenían un taller de sororidad, a mí no me dejaron asistir. Pero para mí ese día comenzó algo superior, con más fuerza, con más ganas, tanto, que dejó una marca registrada.

Lxs que asistieron compartieron lo que habían aprendido, pero, por sobre todas las cosas, lo pusieron en funcionamiento.

Pelearon con una sola voz las necesidades del pabellón en general y en particular. Las luchas empezaron a ser compartidas, dejaron de existir los cuestionarios de ingreso, los maltratos en nombre de la Señora. A mí me ayudaron a pelear por la inclusión en el CUE y por más asistencia médica.

El aire de a poco comenzó a ser más puro.

La solidaridad había tocado nuestros corazones.

La discriminación entre nosotrxs había disminuido y así comenzamos a jugar, a bailar, a reírnos, a compartir el dolor de otrxs. Nos unimos en nombre de un bien mayor.

Cada unx con su mundo, pero con un entrelazado que protegía nuestrxs cuerpos y almas vulnerables.

Florcita

Betina Otaso

A todas las que dejaron ir, pero
no dejaron llegar al CUE.

Hablamos “con” y de Florcita que está, va de aquí para allá, de corazón en corazón, en el vuelo de todas las que pudimos escuchar sus historias y compartir la mesa, el espacio, el tiempo.

Hoy es duende y la vemos pasar veloz por todos lados, como siempre lo hizo. Como lo seguirá haciendo. A la velocidad de Campanita.

Tenemos muchas aventuras paridas, compartidas, para contar.

Nos divertimos y nos cuidamos mucho unas a otras. ¡Pero mucho!

Por un tiempo, también compartimos llompa. Fuimos siete, como *Los siete locos*. Número impar entre pares.

Inventamos un casorio e hice de cura párroco de mentira para esa UNIÓN. Nos reímos como locas en el casamiento. Bailamos, comimos, festejamos de verdad, todo el día y toda la noche, como en un casamiento posta. Es que fue de verdad. ¡Había de todo! ¡Sobraba hermandad!

Ellas se casorieron y yo, escribana de mentira, me sentí muy responsable de las palabras de la ceremonia. Claro que hablé con el corazón. Ya iba al CUE y mi lenguaje estaba mejorando... Mis sentimientos se dejaban decir intentando un ritmo académico...

Un gusto ácido de encierro y otro de ácido risueño nos hicieron disfrutar del jolgorio de ese día. Florcita contaba alegrías, secuencias, HECHOS, algunas fantasías... Novelas

enteras que inventaba sobre la marcha y te hacía cagar de risa o de dolor. La mejor contadora de PENAS de PENAL no llegó a tiempo para ir al CUE, ella re quería hacer eso, siempre lo decía.

¡La puta madre! NO LA DEJARON SEGUIRRRRRRR.

Se fue cumplida... al cielo.

Compas de L

Majo Rubin

El 2016 fue distinto a otros. Por mediados de año, empecé a prestar atención a todo lo que hacían mis profesorxs. Empecé a tomar nota de lo que me parecía bueno o malo, de lo que me gustaba y lo que no, y con esas notas empecé a dar clases. Fue en el CUD, donde el Taller Colectivo de Edición se estaba convirtiendo en materia. Íbamos a formar parte de la Diplomatura en Gestión Sociocultural para el Desarrollo Comunitario, junto con otros talleres del Programa de Extensión en Cárceles. Ya hacía algunos años que asistía como tallerista y editora, y la transformación del taller en materia me tenía ocupada pensando cómo hacer.

No estaba sola. Éramos dos las talleristas editoras que nos transformábamos, que empezábamos a planificar clases en vez de encuentros, a preparar apuntes en vez de lecturas. L, mi compa, ya daba clases desde antes. Yo, con menos experiencia que ella, fui engrosando mis notas hasta convertirlas en un diario. Hace poco me lo volví a encontrar. Las primeras páginas son un manajo de dudas y temores:

¿Cómo se administra el tiempo para que todos aprendan algo, para que se interesen y se descubran en esa inquietud? ¿En qué medida somos nosotras responsables de esto y en qué medida lo son ellos? ¿No tendríamos nosotras que hacer todo lo posible? ¿Qué es todo y cuánto es posible?

Con el correr de las clases, algunos descubrimientos menores:

Llenamos dos horas hablando de lo que sabemos (hablando nosotras y ellos, ojo). Eso es dar clase, supongo. No está tan mal.

Durante el cuatrimestre, seguí escribiendo, anotando lo que pasaba en las clases del taller (porque siguió siendo ambas cosas, clase de Edición y Taller Colectivo de Edición). En esa forma mixta, llegamos a mi momento preferido: el paginado. Para cada revista que editamos, dedicamos al menos uno de los últimos encuentros del taller a ordenar los textos producidos durante ese período en lo que llamamos “paginado”, un esquema que nos ayuda a ubicar en páginas lo que vamos a publicar. Por ejemplo: en la primera página, un texto colectivo que abre la edición, a la manera de un editorial periodístico; en la segunda, el inicio de una sección de textos breves con reflexiones diversas donde caben tres textos; en la tercera página, una ilustración y otro texto breve. Etcétera. Nos vamos asegurando así el plano de obra de la diagramación: cuando llegue el momento de “plantar” textos e ilustraciones en la maqueta de la publicación, tendremos bastante claro dónde va cada cosa y, si hiciera falta algún ajuste, a qué criterios ceñirnos.

Me encanta armar paginados. Reunir textos, ordenarlos, probar distintas posibilidades, ver cómo pueden dialogar. Es el momento de descubrir la revista que estuvimos escribiendo.

do durante meses como si ya existiera desde antes, como si emergiera entre el caos con una claridad que no puede adjudicársele al trabajo de nadie en particular, sino al de todo el colectivo editor y a la confianza que construimos en nuestro proyecto. Me gusta, también, que ese momento de develar la revista se escribe al mismo tiempo en el pizarrón y en una hoja, y que suele ser cuando los estudiantes más tímidos tienen su día de protagonismo. No puedo explicarlo, pero se repite: estudiante callado, que asistió en silencio durante todo el cuatrimestre, es el primero en responder al llamado: “¿alguien puede ir copiando en esta hoja lo que escribimos en el pizarrón?”. Dibujamos en el pizarrón las páginas, una por una, y las numeramos. Lo mismo hace el copista tímido en su hoja. Y anotamos: en la primera página, el texto colectivo; en la segunda, empieza la sección de reflexiones breves y diversas con tres textos; en la tercera, una ilustración y otro texto breve. Etcétera.

Recuerdo algunas sesiones de paginado más que otras, pero de una tengo un registro especial. Dice mi diario de empezar a dar clases que, el 21 de noviembre de 2016, el copista tímido fue L:

Armamos el paginado en el pizarrón. Yo empuño la tiza esta vez y L me sigue en su versión en papel, escribiendo y borrando al unísono conmigo, riéndose cuando cambiamos algo porque en el pizarrón es fácil borrar, pero él tiene que hacer malabares con goma y “liqui” en el papel. Los compañeros le hacen de hinchada defensora, incluidos los que propusieron los cambios. De pronto, se abre la puerta del aula y entra el amigo de L, un habitué que no cursa la materia pero que siempre viene, entra, charla de los temas más variados y siembra el caos y la distracción por un rato.

Entusiasmada como estaba con la atención general que convocaba el paginado, me puse en mala onda y le dije que estamos laburando, che. Entonces, pasa lo que nunca: amigo de L se sienta junto a él en una especie de primera fila que era también la única fila, porque todos los bancos estaban en ronda, pero L había acercado el suyo al pizarrón para poder copiar. Desde ahí, sentadísimo, empieza a recitar algo que podría calificar de proverbios, quizás apócrifos, tratando de ajustarse a la escena del aula con su aporte de conocimiento. Mientras lo escuchamos, tratando de entender cómo sumar esta participación al paginado, me sorprende una vez más lo distintos que son L y su amigo. Uno, callado, parsimonioso, podría ser conocido como “el mudo” y yo no saberlo; el otro, verborrágico, acelerado, con un volumen alto que se impone sobre las demás voces. Sostiene su presencia en el aula todo lo que puede, hasta que la misma fuerza invisible que lo trajo al taller parece que ahora lo urge a presentarse en otro lugar. Se va como un remolino, chocando la silla contra la mesa, dejando la puerta abierta pese a nuestro pedido de que la cierre. L se ríe en silencio. Me río con él. ¿Es tu compañero? Sí, me dice.

No sé cuándo aprendí lo que significa que un estudiante en contexto de encierro diga “mi compañero”. Ni creo que termine de entender todo el alcance de este vínculo que parece combinar lo más fuerte de la familia y de la amistad. Me presentaron muchos compañeros desde que empecé a asistir como tallerista del TCE, en persona y en relato. Compañeros de causa, compañeros de rancho, a veces entregadores, a veces el que vaciló, el que quedó atrás y hubo que volver a buscarlo, aunque costara la libertad o más. A veces, muchas, el compañero muerto. “Me mataron a mi compañero”, escuché. O “le

mataron al compañero”, para explicar un estado de ánimo enlutado. Lo que parece claro es que, sea cual sea la naturaleza del vínculo, cuando te matan a un compañero, te matan.

L, mi compa, aparece oblicua en el diario, nombrada en una escena del caos taller:

Mientras volvía a explicar el circuito editorial para los que llegaron tarde, cada tanto escuchaba que L hablaba de reglas de ortografía, conceptos editoriales o temas que ya habíamos visto y hacía falta recuperar.

O en mi admiración de compa:

Es genia hasta cuando el agua le llega a la rodilla.

O en la concordancia de zapatillas verdes que usábamos las dos. Un día descubrimos que usábamos las mismas zapas de caña alta color verde hoja, que nos encantaban y que nos llevaban hasta la puerta del penal; y, a través de los pasillos y las rejas, hasta el aula del CUD. No sé si se volvió una tradición por la recurrencia o si la instauramos como tal después de avivarnos. Tampoco sé cuándo me animé a llamarme docente o editora. Pero sé con certeza que ambas transformaciones ocurrieron en el CUD, y eso es inseparable de la docencia y de la edición, donde sea que las ejerza. Esa docencia y esa edición también involucran el saber qué es un compañero, una compañera, alguien que pisa el mismo suelo con las mismas zapatillas, alguien que está en los relatos de nuestra vida de forma oblicua pero inevitable, que entra como un remolino y nunca cierra la puerta cuando se va, que sonrío a las diferencias porque sabe que eso es lo mejor de contar con otrxs.

Aprecio

Yzamara De La Torre

Hoy recuerdo cómo la conocí. Fue un día de primavera, el sol iluminaba a través de la ventana. Al llegar ella al salón, su sonrisa resplandecía.

Empezamos a trabajar juntos, sus manos temblorosas sobre mí. Al instante, me di cuenta de que ella no era así, era la ansiedad de conocerme, disfrutar y pasar el tiempo entre juegos, recetas y aprendizaje.

Instantes después, escuché un grito de felicidad. Decía “me voy a mi casa con mi familia”, saltando de alegría. No pude creer que se alejaría tan rápido de mí.

Supuse que se dio cuenta y dejó que me fuera con ella. Yo estaba emocionado al irme, pero aún no la conocía por completo. Llegamos a casa y, sin pensarlo, me guardó dentro de un cajón, donde la podía escuchar, pero no verla. Era un lugar oscuro, frío y sin vida, diferente al cual yo me estaba imaginando con ella.

Meses después de tanto encierro, volví a verla por causa de su emprendimiento. Era ella, su sonrisa, manos, voz, pero muy diferente en su personalidad. Al cogerme, rocé con sus manos suaves, sin miedo, segura de sí misma; nos complementamos y, poco a poco, entre alzas y caídas, noté su cambio, su manera de trabajar, actuar y pensar.

La escuché contar que, estudiando en la cárcel, aprendió que existían varios cursos. Por ejemplo, tapicería, manicura, tejido en tela y repostería. Muy curiosa, se anotaba en todos. Ansiosa de aprender, prestaba atención. Lo mejor, dijo, fue el curso de repostería. Ahí aprendió a hacer diversos tipos de comida que hoy en día está poniendo en práctica y hasta decidió con sus compañeras emprender un negocio.

Emocionado de su presencia y progreso, recuperé mi ser, mis gustos, ya que en ese lugar oscuro me sentía sin vida. Hoy estoy en el lugar que me corresponde y donde siempre quise estar, me ubico junto a mis compañeros de trabajo, en un lugar cálido, pero, lo más importante, con la vista perfecta para verla mejorar cada día. Me di cuenta de que aprendió mucho por su delicadeza. Aunque soy un palo de amasar, pude sentir y ver el cambio.

La mafia educadora

Betina Otaso

Esta historia, como la Historia misma, vuelve al pasado, al lejano y al inmediato, pero para refrescarse.

Claro que, en cuanto visito recuerdos, paseo por sitios que conocí de prepo, no los elegí, pero me trajeron hasta acá. Y me gusta andar por estos lados.

Dividí en ERAS esta historia. En antes y despueses. Antes de ser Madre, después de serlo; antes de las fuertes Muertes, después de ellas; antes de la Cárcel ... después; antes de la universidad y Hoy, la era del ES.

Pero vuelvo siempre con los recuerdos, es que algunas nuevas emociones de paz o de dolor me llevan por muchos lugares. O es que ando siempre yendo y viniendo con las imágenes que guardé bien y que hoy son recuerdos. Entonces llega este Encuentro, que une, refuerza, propone y te hace recordar...³

Encuentro de profes y alumnxs, sentimientos, ideas y cosas que pasan ...

3 Este texto fue leído en el VIII Encuentro Nacional de Escritura en la Cárcel.

Entonces, recordando. ¡Paseo por el CUE!! Sí, ¡no puedo creer que estoy en la universidad! No sabés el orgullo y la felicidad que siento.

Vuelvo, paseo, entonces, mi corazón relaciona, muestra todo, lo asocia y la mente, compañera, lo ayuda a contarlo. Nuevas sensaciones que coinciden, se relacionan, o se mezclan con estas otras, me sacuden, ¡porque sí!

Porque son potentes.

Imágenes que trasladan me acompañan para dejarme otra vez en esa esquina que tiene tanta fuerza, que marca una nueva ERA.

La esquina del CUE.

Recorrés todo hasta llegar. Caminás y caminás por toda la cárcel y allá, en el límite con la calle, donde despegan los aviones, empieza la universidad.

Pienso fuerte, me gusta acordarme.

Me gusta irme por ahí.

Voy por imágenes blandas a duras, paisajes violentos, paisajes hermosos, todo es potente, de emoción exagerada, como yo.

Voy.

Junté un montón en estos años de vida. 55.

55 no suena a condena. 5 y 5, sí.



Madre, amor, vidas, HIJOS, amor, amores, vida. Cárcel. Todo en 55. Parece designar velocidad, el número.

Y son los recuerdos los que escriben ahora, esos del momento en el que pensábamos que nada iba a suceder, que nada podría aliviar ese dolor y ese olor a encierro.

Desde el vacío de la panza, sale la primera palabra: el CUE, un lugar oxigenado, con gente que trae aire nuevo. Conoce-

mos ese espacio solo nuestro, sin rejas, donde se pueden ver perros y lagartos de verdad. Crecen tomates y flores. ¡Mental!

Lugar de Sol hasta en invierno, despejado. Clases con pizarra sobre el pasto.

Se siente la CALLE desde el CUE. Me viene a la cabeza y al corazón el momento en el que llegó un grupo de PROFES al que llamé MAFIA EDUCADORA, fascinante sociedad ilícita de jóvenes, sabios educadores también facinerosos, con su querido líder; profe Parchuc.

Todo tiembla. Tiemblo de emoción cuando voy al CUE. Nuestros profes llegan trayendo Libertad, llegan mirándonos. Vienen creyendo en nosotrxs antes de llegar.

Vienen sembrando el pánico del servicio, dispuestos a todo. Tiembla el SPF.

Entonces, empezamos a leer, escribir, a adueñarnos de nuestros pensamientos.

Los grupos de apoyo, los talleres, hoy los teléfonos, las computas, siempre los Profes, en todo, para seguir formando redes donde caer seguras si se nos escapa una pata del trapezio, rebotar y volver a subir.

En ese lugar, que muy bien conozco, quedan pedazos de todxs. Porque allí nos destrozamos. Pero más fuerte, más visible y palpable es LO QUE VES AHORA.

Parece un tango, lecturas y complicidad, pienso en otras cosas. Chistes entre líneas que delimitan, todas ellas. Río y recuerdo más.

Es mi torpeza y mi sistema nervioso que acciona un BOTÓN táctil súper sensible que activa recuerdos a cada momento. Sobre todo, cuando escribo.

Y me veo hoy armada, me re “paro de manos con las palabras”, como dice MARI, para seguir adelante. Hoy podría enfrentar o defenderme de otra forma si me encontrara nuevamente con un tipito juez y sus secuaces, aquellos que te encierran y te dejan sin tus hijos y a ellos sin vos. Te roban tu

trabajo, tu barrio, tu mundo. Deciden qué hacer con vos. ¡JA!
Chorean VIDAS.

Se la creen, se comieron al mundo, a Dios, a todos los dioses y a los que, sin ser dioses, teníamos una vida DIVINA.

Y me veo amando este espacio, encuentro inmensos momentos, iapuntes, libros, risas, modos, modas! Noches enteras de estudio, exámenes, palabras como “parcial” y “final”, la espera de correcciones, estudiar, pensar, leer, escribir, defendernos.

Quiero comentar que, cuando voy y vuelvo del CUE, el entusiasmo es nafta y vitamina. Llevo material que los profes acercan, tareas para pensar, lecturas para compartir. Me gusta contar que en clase estás protegida, aliviada, abrazada, aprendiendo, escuchando, ¡y que te escuchan!, que es un viaje de placer; tanto, que podés cambiar alguna adicción con flash por sentarte a estudiar. Lo garantizo.

Y recuperarás el cuerpo, la mente. A partir de ahí, la LIBERTAD no es espera ni esperanza, es Sangre.

Te adueñaste de vos y de tu pensamiento. Leés y escribís.
Estudiar ¡y en la cárcel!

Cuando recibí la notificación de Inscripción al CUE le grité a Dios, saqué la boca y la voz por la reja, le dije GRACIAS a los gritos (aunque hacía mucho que había dejado de hablarle).

Hoy, en LIBERTAD, grito GRACIAS a los PROFES.

Y en este relato de agradecimiento que quiero darles a todos ellxs, a mis compas, a la Universidad, a esta SEGUNDA infernal que nos devolvió al mundo, les quiero decir que no nos dejen solos, que cuenten conmigo y que me dejen, por favor, seguir contando con ustedes.

¡¡Abrazos!!

A dark gray, triangular fabric piece, possibly a scarf or a piece of clothing, is shown against a white background. The fabric is slightly wrinkled and has a white border along its edges. The text is printed in white on the fabric.

RELATOS DE SEGUNDA

ATRAVESAR, SALTAR, IMAGINAR

Lecturas

Verso fugitivo

Lula Comeron

Antes de sus voces, musgo de cal en sus gargantas, raíz amarga, un océano oscuro herido de sueños afónicos. Madrugadas sin contornos, silueta gris, los cuerpos de muros por los que trepan los caracoles de la indiferencia, llena de candados, los pasillos húmedos, esa jaula en la cabeza guardiana de la culpa.

Horas sin sonido. El reloj de plomo marca la carne y los abusos. Se cortan las voces y la luz huye en bandada. Migas de nubarrones, las sombras acumulan pasos que solo sienten lxs que caminan por ahí. En silencio los ojos como agonía ven todo y la nada que lxs persigue, una carne fría y lacia, de corazón azul con forma de araña y un tumulto de alacranes la lengua falsa que retumba en cada barrote, mastica grillos y viene de atrás como gatillo fácil.

Pasillos sin vida. Rejas, tan solo. Tan solxs. Rejas. Trampas para la ilusión.

Rejas. Una tras otra. Amordazan el sentimiento. Apagan la voz. Palabras. Vacío. Un entierro anestesiado.

Pasillos milicos dueños del horizonte, llevan el tiempo, oscurecen historias, las cubren de olor a pis de gato y mugre. Muertos que se olvidan, una tumba de poca profundidad vuelta por animales hambrientos.

Pasillos, tierra hecha de celdas infinitas, un desierto que se expande con violencia, muros de aire y atardeceres sin cielo.
Luna de rejas, tan solo. Tan solxs.
Rejas.

Los pasillos se tragan a las mujeres.

Antes de sus voces fueron ruido, un abismo estridente los desechos de sus huellas mudas. Música de pabellones y la nada, el eco de un televisor siempre encendido y sus voces apagadas.

Gritos y peleas. Un aullido incesante de esa respiración sin viento, celadora, de poco verbo y poca idea, repiquetea sobre sus nuca, sin aliento, ahogan la voz y la vida suena a muerte.

Sonido y silencio. El crujir ensordecedor de las celdas lxs distrae del deseo.

Sus pasos persiguen fantasmas y recuerdos, dobleces de lo humano y los perros de la ciudad descolorida siempre apagados. Tintineo de los focos anémicos, el sol minúsculo porque la oscuridad lxs re-conoce. El encierro marcado en sus miradas, nadie quiere sentir el dolor de una lágrima, llorar, un acto solitario, de fondo, hasta secarse, dejan de ser y el alma, un cadáver en el asfalto de la yuta.

Al margen del llanto, silencio. Ojos huecos heridos de bala.
Más rejas, tan solo.

Tan solxs. Rejas.

Pasillos de voces pastosas, el murmullo de todos los que vivieron, sobrevivieron, en este lugar de nubes al ras del suelo.

Pasillos que gestan relámpagos, impregnan olor a frito, ese dios omnipresente que lxs acosa como la desconfianza. Aroma humano y el otro aroma, pólvora y azufre, el que transpira la gorra y huele a clavel de trapo.

Pasillos dictadores fumigan la mirada y la fe. Invisible veneno las palabras *ruchis* en sus ojos. Fiestas sorpresas las requisas al canto de RUTINA, un hit de amenazas sin cadencia para que pierdan el paso y el baile que lxs protege. Restos de días, cenizas los susurros de la infancia que sobrevuelan. Son pájaros desesperados.

¿Cuántas rejas equivalen a una presa?

Antes de sus voces fueron silencio, flores de velatorio para neutralizar el dolor de sus cuerpos, huesos de sangre y el alambre de púa cortándoles las caras. Las manos a ciegas en las grietas de los paredones altos, corazones olvidados uniformados de opresión laten en busca de verdad y les crecen alas rotas. Las ventanas simulan el viento y el espejo tumbero las caras de lxs compañerxs. Ojos y huracanes, se deja ver el sol que raya la libertad, calma, un peligro que dicen con rabia, la imagen cruda en astillas de vidrio, desgarró, alegrías, desamparo y lucha, el espejo implacable duele sobre los ojos que miran. Olor a tiempo. Horas sin palabras. El silencio grita y ellxs tiemblan. Paleros asesinos del verso y la rima, remantan la patria de sus voces.

Todo ese mundo es fin.

Presxs de la desidia y del servicio penitenciario, la mayoría de sus agentes, encargados de las puertas del olvido y de las rejas.

Tan solo. Tan solxs. Rejas.

Un laberinto que se retuerce, lxs enfrenta a la destrucción, pero también a la creación de ellxs mismxs. Lo que son y dejaron de ser. Todas esas soledades por pura prevención. Cuerpo y voz, la alegría volcánica de poder decir.

Y en sus voces, su mirada tiene la fuerza de un rayo. Es
cierta su vida en sus risas de fuego,
una lucha compañera...
que escriben con tinta sangre porque mirá que son poetas.

Su canto, mar picado, va al frente anunciando el lugar, re-
tumba en un baile cardíaco y suena a libertad en la piel. El
viento en sus bocas, una rima de sonidos, poesía armada, esa
voz colectiva y valiente, manifiesto de segunda, cuentos y re-
latos que sueñan con cambiar las cosas.

Desfilan la vida, carnavalizar la espera.

El ritmo desarma el silencio y esa voz de voces, el tambor
que convoca a la escritura, armoniza y ensambla sus versos,
serpentina, cumbia libre, y en el día a día, poemas como es-
tandarte corazón, un modo de habitar la tumba y volar.

Entre muros de cemento y jazmines, margaritas, crisante-
mos, la palabra encuentra el cuerpo, disidencias como lema
y, a lo lejos, mar adentro, la única puerta sin rejas que no se
golpea. El aula hace sonar sus voces. Lxs profes del PEC se-
gundean y el encierro deja de ser distancia. Mates, charlas,
libros, los cuentos más vivos y el verso fugitivo para siempre.
La lectura en voz alta tiene jardines, estrellas tranquilas que
enlazan afectos. Verdades simples y directas. Sus relatos, me-
lodías para nombrar lo que no quieren que nombren. Ritmo,
cadencia, armonía, una voz de voces que no mata el olvido,
lo escribe como primera respuesta a la muerte.

Escribir en la cárcel es ganarle al pasillo. Escribir en la cár-
cel es ganarle al Servicio.

Escribir en la cárcel es secar el río de gorras podridas. Es-
cribir en la cárcel es llorar, cuidar y acompañar.

Escribir en la cárcel es resistir.

Pasado y destino como una ola gigante que crece a la distancia sobre el hocico de las fieras. Y en presente se cantan los pensamientos, cerro de agua, estruendo en el aire y detrás de las olas, sus voces traen el sol, rayos de memoria, emociones y el Servicio se muere de sombra por vivir de lxs que tienen deseos.

Relatos de segunda, la fe que no se ortiva, escudo y bandera, un ritual, flores blancas, hierbabuena y miel, el abrazo compañero a lxs ñeris que están en este bondi, libre de ataduras, traspasan la rompiente para hacer la plancha, desaprobar la verdad que les contaron, sin miedo a ahogarse.

Alguna vez el mar también tuvo que estar en silencio.

La vida en la amplitud

Luis Porta (UNMDP-CONICET) & Daniel Suarez (UBA)

"Nuestras pequeñas vidas individuales contarán poco, pero todas nuestras vidas reunidas pesarán de tal modo en la historia que harán variar su curso."

Victoria Ocampo

Este grupo de relatos da cuenta de pequeñas-grandes historias y de la condición del encuentro como acontecimiento y deslumbramiento. Encuentro que penetra la piel, inédito, que desborda por todas partes y que es acontecimiento puro, embriagante y provocador. Este collage sensitivo y sensible pone en valor gestos vitales que nos hablan de experiencias que abrazan en contextos de encierro, que mecen libertad y que

se interesan por el mundo, que emergen como el consuelo ontológico de acurrucarse junto a alguien (Anders, 2012: 125).

La narrativa auto-biográfica de estos relatos de estudiantes y docentes se reconoce habitando y haciendo propias las palabras que son vidas vividas y vidas por vivir. Son lugar seguro (Teroba, 2021) ante la intensa fragilidad que registra movimientos que sostienen la belleza vacilante de corazones que palpitan y buscan incesantemente salirse de encierros que trasuntan la intimidad más profunda. La narrativa como cicatrización, como fervor que retoma la memoria, se alisa, vuelve en el oleaje de la historia (Dufourmantelle, 2021: 209), nos desgarran y nos salva, amplificando el mundo y viviendo la vida en su amplitud.

Sería imposible captar la presencia del otro y la excitación de la escritura y la lectura a la que este encuentro nos provoca. Solo intentamos darle hospitalidad en este sol de diciembre que nos calienta, simple y con un doble movimiento que es a la vez presencia y retiro hacia el interior de uno mismo, que nos obliga a pensar y a amar, si por amar “entendemos este encuentro de otro que nos conmociona alcanzándonos al corazón y nos abandona también, exactamente” (Dufourmantelle, 2021: 99).

Nos dejamos abandonar y nos permitimos conmocionarnos en la búsqueda de esos rostros que nos llaman a la fascinación por dejar que el corazón palpite con esa intensidad que hace que los monstruos duerman y la respiración se acelere. Los relatos de Betina, Graciela, Myriam, Dany, Eugenia, Liliana, Yzamara, Cynthia, María José, Julia, Julieta, Inés y Lucas nos alojaron y nos permitieron nadar en las insondables aguas profundas de esas vidas lanzadas a la vida y a mundos no siempre hospitalarios, pero necesariamente sensibles y esperanzadores.

Hay un antes y un después de estos relatos productores de fracturas íntimas en las que la resonancia se persigue fuera,

mucho tiempo, como un fuego, recoge gestos perdidos en papeles que no pueden ser sino poéticos.

Como los abrazos. Cuando ya moría de cáncer de laringe, Pedro Lemebel se despedía por Facebook: “No hace ni frío ni calor, y extendiendo mi voz como un abrazo anticipado para ustedes” (Scott, 2021: 57). Literatura de los márgenes, de contacto y de un profundo compromiso con la vida. Ese abrazo anticipado que habla por su diferencia (Lemebel, 2018), que le apesta la injusticia, que no se siente tan raro y que, finalmente, habla de ternura, de lo que cuesta encontrar el amor en estas condiciones y de la necesidad de volar en un pedazo de cielo rojo.

Estos relatos persiguen, dan abrazos y encuentran un pedazo de cielo multicolor que ya no abruma, es de contacto y se/nos suspende en un tiempo narrado que nos dice que la vida merece ser vivida en toda su amplitud.

Entre Mar del Plata y Buenos Aires, en diciembre de 2021.

Referencias

- Anders, G. (2012). *La batalla de las cerezas*. Barcelona, Paidós.
- Dufourmantelle, A. (2021). *En caso de amor. Psicopatología de la vida amorosa*. Buenos Aires, Nocturna Editora.
- Lemebel, P. (2018). *Hablo por mi diferencia. Manifiesto*. México, Papel Negro.
- Scott, E. (2021). *Contacto*. Un collage de los gestos perdidos. Buenos Aires, Godot.
- Teroba, O. (2021). *Un lugar seguro*. México, Las afueras.

